

PREFACIO

The Kabuler surge de la colaboración entre Lorenzo Meloni y Cristina de Middel, ambos fotógrafos de la agencia Magnum con enfoques y estilos divergentes. Uniendo sus fuerzas, se propusieron desafiar la narrativa que ha impregnado uno de los conflictos más documentados del siglo XXI: la Guerra en Afganistán.

En enero de 2022, recorrieron el país en su totalidad para capturar el regreso al poder de los talibanes después de la retirada de las fuerzas extranjeras. En este breve lapso, los talibanes se concentraron en redefinir su imagen en el escenario internacional, buscando presentarse no solo como un grupo guerrillero, sino como una entidad política capaz de ejercer un gobierno efectivo sobre la nación.

A lo largo de 30 días, Meloni y de Middel llevaron a cabo entrevistas con políticos, soldados talibanes, ciudadanos comunes y figuras destacadas de la sociedad. Este proceso les permitió recopilar perspectivas directas acerca de las transformaciones en curso. Con el propósito de proporcionar al lector una visión más completa de la situación en Afganistán, también se analizaron los indicadores sociales clave a la luz de su contexto histórico.

Con esta colaboración los autores desafiaron sus roles y perspectivas habituales para concebir una publicación con formato de revista occidental. Esta publicación nace con la vocación de remediar la persistente falta de comprensión de un país sobre el que se han hecho infinidad de reportajes. La fusión entre la fotografía documental y de conflicto de Meloni, junto con el enfoque más conceptual de De Middel, busca revitalizar las interacciones usualmente estáticas entre el texto y la imagen. Al mismo tiempo, suscita cuestionamientos auténticos por parte del lector sobre los significados ligados a la guerra, la historia y la identidad nacional.

La revista presenta informes, entrevistas y artículos de opinión de manera que estimulan al lector a involucrarse de manera activa y reflexiva frente a la información presentada. Este enfoque tiene como objetivo superar las tendencias simplistas y sesgadas comúnmente encontradas en los medios de comunicación tradicionales.

Al momento de la edición, Afganistán ha desaparecido de las portadas de los periódicos. Ahora se encuentra atrapado en un ciclo de noticias perpetuamente superficiales, a pesar de los desafíos en curso. Estos incluyen una grave deterioración de los derechos humanos, el inicio de una crisis alimentaria y la materialización de algunas de las predicciones más pesimistas que los talibanes buscan contrarrestar.

La revista tiene la intención de capturar un momento histórico crucial y convertirse en un testimonio perdurable, desempeñando el papel de una herramienta afgana en su totalidad.

ENTREVISTA MULLAH ABDULLAH SARHADI

“SIEMPRE QUE DIGAN LO CORRECTO SERÁN BIENVENIDOS”

El gobernador tuerto de Bamiyan, Mullah Abdullah Sarhadi, encarna las complejidades de Afganistán. Presunto responsable de la masacre contra la minoría Hazara, fue enviado a la cárcel de Guantánamo, y recientemente ha sido acusado de expolio al buscar tesoros en las ruinas de los Budas que él mismo mandó destruir.

Hace más de dos décadas, Abdullah Sarhadi solía ser un comandante activo de las fuerzas especiales talibanes, supuestamente implicado en la demolición de las enormes estatuas de Buda que conmocionaron al mundo. Sin embargo, Sarhadi no limitó su furia únicamente a obras de arte inmóviles o símbolos de diferentes religiones. Se dice que estuvo involucrado en la masacre de más de 300 personas en el distrito de Yakaolang en Bamiyan en 2001.

Después de la invasión de Estados Unidos en Afganistán más tarde ese mismo año, Sarhadi fue capturado y enviado a la tristemente célebre prisión de Guantánamo, donde permaneció durante cuatro años. Regresó a Afganistán a través de Pakistán y los talibanes recientemente premiaron su lealtad otorgándole el control del gobierno en Bamiyan, donde ahora gobierna sobre la provincia que en un momento aterrorizó. Oficialmente, no hay motivo para preocuparse, ya que su agencia de prensa repite constantemente las mismas declaraciones: "La seguridad está asegurada, los hazaras no están siendo perseguidos, los talibanes están generando empleo y la economía va bien".

Según Sarhadi, si Afganistán continúa enfrentando problemas, entonces la culpa recae en el mundo occidental y sus periodistas. Tras una conversación cordial sobre su propio pasado y el de Afganistán, en esta entrevista inusual, la tensión crece cuando la discusión se centra en la situación actual del país y su futuro incierto.

Después de la derrota de los rusos, el fundador de los talibanes, Mullah Muhammad Omar, se convirtió en el líder supremo del país, gobernando desde 1996 hasta 2001. Y Sarhadi estaba a su lado en todo momento. "En ese entonces, mucha gente estaba causando problemas en Afganistán. En particular, Abdul Ali Mazari, el líder de los hazara, estaba matando a pashtunes en gran número", recuerda.

"Mullah Muhammad Omar eliminó a Mazari y sofocó la oposición. Estableció el primer gobierno talibán en Afganistán. En ese entonces, lo obedecí igual que obedezco al mando central hoy en día. Si el líder dice que debemos dirigirnos a un puesto de control, lo hacemos. Si nos ordena ocupar el lugar del gobernador, tomamos nuestro puesto. Todo gira en torno al liderazgo".

¿Cómo se unió a los talibanes?

Desde muy joven, fui enviado a una madrasa [escuela religiosa] fuera de la provincia para estudiar el Corán. Ese era el deseo de mi familia. Paso a paso, me convertí en un Talib, un estudiante que busca comprender el Islam y aspira a seguir a Dios en esta vida y en la otra. Aprendemos constantemente, sin fin. Muhammad, el último profeta, trajo luz a este mundo. Así es como el Islam se convirtió en nuestra religión.

¿Ha evolucionado la ideología política de los talibanes a lo largo de los años?

¿Cuáles son sus objetivos actuales?

Somos los mismos talibanes de antes y los de ahora, no hemos cambiado en absoluto. Durante la lucha contra los rusos, éramos vistos como los liberadores de la nación. Pero cuando Estados Unidos llegó y comenzamos a combatir contra ellos, de repente nos convirtieron en los villanos. Estados Unidos y el mundo occidental etiquetan al Talibán como terrorista, pero eso es parte de su plan para reprimir a Afganistán.

El cambio surgió cuando Mullah Muhammad Omar decidió brindar refugio a Osama Bin Laden. Fue en ese momento cuando los talibanes fueron tildados de terroristas ¿Cree que Mullah Muhammad Omar lamentó esa decisión?

Cuando Osama Bin Laden estaba combatiendo contra los rusos, era considerado un mujahidin, un luchador por una causa justa, y Estados Unidos le proporcionó armas. Pero cuando usó esas armas contra Estados Unidos, de repente se convirtió en un terrorista. Desde nuestra perspectiva, él estaba luchando en Afganistán, por lo que, de una forma u otra, estaba defendiendo a nuestro país y ayudando a nuestro pueblo a proteger su tierra.

“¿TENÍAIS QUE VENIR AQUÍ Y DESTRUIR TODO AFGANISTÁN SOLO POR BIN LADEN? ¿TENÍAS QUE LANZAR LA 'MADRE DE TODAS LAS BOMBAS', MATANDO A CIVILES Y NIÑOS?”

Luego atacó a civiles en un país extranjero, y eso marcó la diferencia. Pero, ¿realmente tenían que venir aquí y destruir todo el país para encontrar a un solo hombre? ¿Era necesario lanzar la 'madre de todas las bombas', matando a civiles y niños? ¿Qué estaba haciendo Estados Unidos aquí si ni siquiera podía resolver las tensiones raciales en su propio país?

En cuanto a los derechos humanos. Mi celda en Guantánamo medía 1,5 por 2 metros. Íbamos al baño, comíamos y rezábamos exactamente en el mismo lugar.

¿Llamarías a eso humano? ¿Tratarías así a un animal? Los europeos, que son amigos de Estados Unidos: ¿dónde estaban cuando cometieron todos estos crímenes contra nuestra gente?

Europa también ha sido víctima de ataques terroristas de Al-Qaeda. Por ejemplo, el ataque a la estación de tren de Madrid en 2004, donde murieron casi 200 personas. Así que es comprensible por qué algunos países apoyaran a Estados Unidos.

¿Eso justifica todas esas bombas para destruir Afganistán? Durante la guerra contra los rusos, los estadounidenses estaban suministrando armas a Al-Qaeda, pero después de eso nos estaban matando. Primero estaba luchando en una yihad respaldada por Occidente, ahora estoy defendiendo a mi país de Estados Unidos y sus aliados. Y luego, de repente, me llaman terrorista. Hablan de derechos humanos, pero para ustedes no se aplican a los afganos. No hicimos nada a su país, entonces ¿por qué nos están matando? Lo que estoy diciendo es: no vengan a nuestro país y hagan cosas por nosotros. Haremos lo que sea necesario por nuestro propio país. Siempre que digan lo correcto serán bienvenidos.

¿Es bienvenida la ayuda financiera de las Naciones Unidas o de países individuales? Y, como gobernador, ¿tiene una idea de cómo se distribuyen estos fondos?

Contrariamente a las insinuaciones en Occidente, el dinero no va a los ministerios ni al gobierno, va directamente a las personas que lo necesitan. A través de una organización que estamos estableciendo, yendo puerta por puerta, podemos verificar la situación de las personas y garantizar que los más pobres reciban la primera ayuda. El gobierno anterior era corrupto y se quedaba con el dinero. Todo lo que el resto del mundo vertía en el país, terminaba en los bolsillos de los ricos. Nuestro gobierno, el Emirato Islámico de Afganistán, está completamente libre de corrupción. Todos los fondos se transfieren al banco del Emirato y permanecerán allí hasta que las necesidades más urgentes estén claras. Tomaremos dinero

de las personas más ricas de la comunidad, que tienen suficiente comida y oro, y lo distribuiremos entre los pobres. Sólo una economía sin corrupción puede crecer.

Según más de un informe, la hambruna amenaza a partes importantes de Afganistán. ¿Cómo es la situación en su provincia?

En algunos países extranjeros, incluyendo América, las personas no tienen suficiente para comer, pero puedo asegurarle que en Afganistán nadie morirá de hambre. Lo cual no significa que no queramos cooperar con otros países para hacer de Afganistán un lugar mejor para todos. No tenemos enemigos.

En un tono más personal: ¿qué hace cuando no está trabajando? ¿Lee el Corán o sale a caminar? ¿Qué tipo de persona está detrás del político?

Incluso cuando no estoy de servicio, mis pensamientos y sentimientos siempre están al servicio de mi pueblo. Incluso anoche, a las 3 de la madrugada, recibí un mensaje de que un par de personas estaban atrapadas en las montañas. Así que inmediatamente envié bulldozers allí para rescatarlos. Siempre estoy disponible, día y noche. Cualquiera puede llamarme en cualquier momento.

¿Tiene tiempo para la familia? ¿Tiene incluso una familia?

Tengo hijos, tengo una familia, pero servir al pueblo es lo primero. Mi trabajo como gobernador significa ser responsable de todos los seres y criaturas vivientes en el área, incluso los animales. Tengo que cuidar de todo: agua, ropa, electricidad y vivienda. Bajo mi administración, todos están unidos: hazaras, tayikos y pastunes. Estamos juntos, hombro a hombro.

Las mujeres hazaras se visten de manera más informal que las mujeres en otras áreas del país. ¿Planea imponer reglas talibanes para las mujeres aquí?

Los talibanes no van a decir nada al respecto. Tenemos gente hazara en el ejército y en la administración, y pueden vestir lo que quieran. Incluso las escuelas aquí están abiertas para los hazaras.

Como última pregunta, queremos saber su opinión sobre la destrucción de los Budas. Originalmente, Mullah Muhammad Omar estaba en contra, porque casi no quedaban budistas aquí y Afganistán podría beneficiarse del turismo que generaban las estatuas. ¿Qué cambió?

Lo que Dios diga, lo hacemos. En nombre del Islam, los Budas tenían que ser destruidos.

¿Puede citar la sura en el Corán que dicta esto?

Dios solo hay uno.

REPORTAJE HAIRSPRAY VS SPRAY DE PINTURA

Durante el primer mandato de los talibanes, de 1996 a 2001, se llegó al extremo de amputar dedos a las mujeres por usar esmalte de uñas. Los centros de belleza y peluquería cerraron sus puertas. Desde el 15 de agosto de 2021, un temor inquietante ha vuelto a instalarse en el ambiente. Muchas mujeres, que previamente habían encontrado independencia en la industria de la belleza, ahora deben ocultarse. Las imágenes y los anuncios que exhiben rostros maquillados y peinados son tapados o arrancados. Sin embargo, detrás de los velos obligatorios, perduran tesoros ocultos: manos decoradas con henna, uñas pulidas y largas,

rizos y extensiones. La industria de la belleza no ha cesado, solo ha sido forzada a operar en la sombra.

Oculto tras las imágenes que alguna vez mostraron ventanas repletas de mujeres (ahora manchadas con pintura en aerosol), el salón de belleza funciona en silencio. Antes, esos rostros maquillados solían dar la bienvenida a los clientes en la entrada. Ahora, su papel es resguardar a quienes se encuentran en su interior, en un mundo exterior hostil que, una vez más, se ha vuelto complejo para las mujeres.

Este es un salón de belleza secreto. Similar a un lugar donde entras sigilosamente para verte bien cuando nadie te observa. El salón está en penumbra pero se mantiene pulcro. Cuenta con seis pequeñas habitaciones para tratamientos especiales y tres áreas más amplias donde las mujeres se congregan para compartir los resultados, susurrando sus alegrías frente a los espejos. El ambiente, impregnado de laca para el cabello, se siente alegre y cauteloso. Un niño corretea por ahí, buscando la atención de su madre, quien recién ha sido embellecida con un juego de pestañas excepcionalmente largas. Ella lo aparta con ternura, pidiendo un minuto para sí misma. Las pestañas destacan entre los tonos vibrantes de azul y rosa de su sombra de ojos.

Este grupo de diez mujeres se está preparando para la boda de una prima. Estas ceremonias familiares son unas de las raras ocasiones en las que tienen la oportunidad de mostrar su belleza y, durante unas horas, brillar en público. Le dedican mucho tiempo y muchos recursos a ofrecer la mejor versión de sí mismas.

En la sala VIP, otra novia (de una boda diferente) está en medio de sus preparativos. Conoció a su futuro esposo en Canadá, país al cual planean regresar una vez casados. Decidieron casarse en Kabul para poder compartir con su familia un momento tan especial y que llena de orgullo a su madre.

Inicialmente, la novia acepta ser fotografiada y permitir la publicación de las imágenes, pero tras conversar con su futuro esposo, cambia de parecer. "De ninguna manera", declara él, enfatizando en que no es seguro y que se debe ser más precavida. A pesar de esto, acepta siempre y cuando no se la pueda reconocer.

Durante seis horas, la novia será atendida en el salón de belleza por tres esteticistas atentas. Mientras tanto, sus hermanas y amigas están recibiendo tratamientos en otros salones de belleza de la ciudad.

Aunque hemos sido invitados a la boda, al llegar al Stars Palace junto con aproximadamente otros 350 invitados, su esposo nos niega la entrada. Argumenta razones de seguridad. Nos quedamos afuera, bajo la nieve, contemplando la balaustrada dorada y las extravagantes lámparas de araña.

Mientras tanto, en el interior —al menos eso esperamos—unas 100 mujeres se divierten, presumiendo de sus largas pestañas, sus sonrisas y sus movimientos de baile, al menos mientras dure la música.

Cristina de Middel

Donde campan los rebeldes Paisajes de cicatrices y guerras

JEAN MARIE WARD

Las palabras que un escritor plasma en la página son tan solo la mitad del relato. El resto lo crean los lectores a través de sus historias, esperanzas y necesidades. Lo mismo aplica para el resto de las artes. Lo que un público extrae de una canción o una película tiene más que ver

con lo que el espectador decide ver que con la disposición concreta de notas o de destellos de luz en la penumbra de una sala.

George Lucas, por ejemplo, tenía un plan para La guerra de las galaxias. Quería crear un mito moderno siguiendo el patrón definido por Joseph Campbell en su libro El héroe de las mil caras. Campbell sostenía que todas las narrativas míticas cuentan, en esencia, la misma historia, una historia que él dio en llamar «La aventura del héroe» y que, en nuestros días, la mayoría conoce como «El viaje del héroe», una versión simplificada de los mitos helenos que hablan del acceso a la mayoría de edad. En el viaje del héroe, un hombre joven (los héroes de Campbell solo pueden ser hombres) es obligado a emprender una expedición inviable, que se verá sin embargo coronada por el éxito a pesar de los obstáculos. Tras su periplo regresa triunfante a su hogar con el objetivo de abatir la malvada figura del padre que lo había enviado a morir. La trama ha funcionado con eficacia a lo largo de los tiempos y en todo tipo de lugares, pues al deshacerse de la maligna figura paterna el héroe destruye también, simbólicamente, el poder del pasado y abre la puerta a un futuro nuevo e idealmente mejor.

Pero Lucas no cree en ese futuro feliz: creció oyendo historias de la Segunda Guerra Mundial, se encontraba en la universidad cuando la implicación de Estados Unidos en Vietnam fue escalando hasta desembocar en una guerra no declarada, creía que las democracias acaban inevitablemente convirtiéndose en dictaduras y veía al presidente estadounidense Richard Nixon como una versión suavizada, pero más taimada, de Hitler. Lucas transmitió a sus personajes de ficción sus miedos más íntimos. Dio el nombre de Stormtroopers a las tropas de asalto de su malvado Imperio Galáctico, la misma denominación empleada por el brazo paramilitar del Partido Nazi de Hitler. Vistió a su «malísimo» Darth Vader con una versión futurista del uniforme de los oficiales de las SS. Adornó sus cinco películas de La guerra de las galaxias con réplicas de los actos de masas hitlerianos que recorren las concentraciones de la Alianza Rebelde, pero también las de sus enemigos.

Fascinados por la magia de un cuento de hadas de ciencia ficción protagonizado por unos atractivos personajes que, a pesar de estar en inferioridad de condiciones, superan todo tipo de obstáculos para alcanzar un (por ahora) feliz final, pocos de los fans americanos y europeos que llenaron los patios de butacas en las primeras proyecciones de La guerra de las galaxias, El imperio contraataca y El retorno del Jedi prestaron demasiada atención al subtexto. Las luchas de Luke, Han y Leia encajaban a la perfección en sus respectivos mitos nacionales, lo que es particularmente cierto en el caso de los Estados Unidos, que en cierto modo se identifican con esa tripulación doméstica de david coloniales que se deshicieron de los goliats británicos de casacas rojas. Si hubiera que asignar una base histórica a los malos, los verían como nazis, posicionando firmemente a los EEUU y sus aliados en el lado de los ángeles, o de la Alianza Rebelde.

Pero algo extraño sucedió en la entrada al siglo XXI: Star Wars se convirtió en patrimonio del mundo.

Pero Occidente no es el mundo. Otros ojos ven esas películas. Otras gentes dejan su huella en esas historias. En una ocasión, un combatiente de al-Qaeda declaró a la antigua oficial de la CIA Amaryllis Fox: «Todas esas películas americanas, como Independence Day, Los juegos del hambre o La guerra de las galaxias, hablan de una banda de rebeldes pequeña y combativa que hace lo imposible para repeler, con los escasos recursos de que dispone, a un invasor extranjero dotado de tecnología avanzada. Y de lo que no os dais cuenta es de que, para nosotros, para el resto del mundo, el Imperio sois vosotros. Nosotros somos Luke y Han. Vosotros sois los alienígenas, nosotros, Will Smith».

Lucas ya advirtió esa posibilidad en 2005, cuando vio paralelismos en las guerras de Vietnam y de Irak. Pero el alcance de dichas correspondencias es limitado. Desde el principio, los escenarios de las películas, series de televisión y videojuegos de La guerra de las galaxias están repartidos por todo el mundo. Hay escenas icónicas rodadas por todas partes, de Túnez a Tikal, de California a Tailandia, Bolivia, Jordania... Pero la elección de localizaciones respondía más a la conveniencia que a la singularidad. Otros lugares ofrecen entornos visuales similares. Otras vistas resuenan en idénticas frecuencias emocionales. Si al asomarte a la ventana observas algo que parece salido de La guerra de las galaxias, ¡cómo no vas a verte a ti mismo cómo héroe de la saga!

Algo especialmente aplicable a Afganistán. Las heladas montañas de sombras azuladas de las provincias de Bamiyan y Wardak se sentirían como en casa en el planeta helado Hoth, ubicación de una base secreta rebelde y donde se libra una gran batalla en El imperio contraataca. Bajo un cielo diáfano, esos picos dentados crean entre sí simas de un silencio tan profundo que el eco de un grito o un disparo reverbera hasta la eternidad. Son, sin embargo, escenario también de tormentas atronadoras, más estrepitosas que el lanzamiento de un cohete espacial. Las avalanchas retumban ladera abajo y las ventiscas de nieve reducen a raíces la vegetación más resistente. El aire cortante de las alturas castiga los pulmones y quema las partes del cuerpo expuestas a la intemperie. Las imponentes pendientes están plagadas de cuevas, lo que las hace técnicamente habitables y al mismo tiempo tan inhóspitas que solo los más desesperados buscarán refugio en ellas: eremitas, exiliados, bandidos, muyahidines, al-Qaeda o los talibanes, rebeldes todos ellos.

La provincia de Herat podría ser gemela de Tatooine: un lugar árido de arenas ocres en movimiento y rojas puestas de sol que rivalizan con el atardecer binario de los dos soles de Tatooine. Unos pináculos rocosos observan altivos a los humanos y las cabras que, a duras penas, tratan de sobrevivir a sus pies. Las tumbas excavadas en los peñascos y las casas bajas que puntean la superficie del valle recuerdan las granjas de humedad creadas por colonos humanos como la tía y el tío de Luke Skywalker, o los campamentos de los ingeniosos y esforzados jawas, cuyos reptadores de arenas mecánicos emiten quejidos casi tan sonoros como los de los camellos locales.

El ajetreo y la apariencia arenosa de Mos Eisley podría encontrar su réplica en los zocos y bazares de la región. Unos arcos en ruinas evocan imágenes, tanto de la capital de Naboo como del brutal poder imperial del Imperio Galáctico. Una mezquita con cúpula se correspondería a la perfección con la cabaña, también con cúpula, que el Jedi conocido como «Ben Kenobi» habitó durante su exilio, ocupándose de un Luke todavía menor de edad. La similitud de ambas estructuras sirve también para recordarnos que es posible encontrar maestros en cualquier tiempo, lugar y disciplina espiritual.

Como Tatooine y muchos de los demás mundos de La guerra de las galaxias, Afganistán es una tierra donde lo futurista coexiste con lo medieval. A pesar de contar con aeropuertos, canales de televisión e Internet, la mayor parte de la población viste de una forma que parece haber cambiado muy poco desde la Edad Media, lo que obedece tanto a motivos prácticos como al conservadurismo religioso. Llevar capas de prendas sueltas y envolventes es la única manera sensata de vestirse en un mundo en el que todo es arena, una arena que, además, nunca está quieta.

Los hombres de las tribus y los talibanes portan teléfonos móviles y kalashnikovs a lomos de unos caballos enjaezados como los corceles de las miniaturas persas. Pero las similitudes con la Alianza Rebelde y sus mentores Jedis trascienden lo meramente visual. El pueblo de Afganistán

lleva mucho tiempo repeliendo invasores externos. Británicos, soviéticos y estadounidenses no son sino los últimos en una larga cadena que incluye también persas, árabes, turcos y mogoles.

Irónicamente, es el espíritu díscolo e independiente del pueblo afgano lo que atrajo en un primer momento a sus potenciales conquistadores, que asumían que las interminables luchas internas de la región convertían el país en fruta madura para su cosecha. Esta actitud queda claramente reflejada en los relatos de los viajeros británicos y norteamericanos que, en el siglo XIX, buscaron aventuras y fortuna en lo que para ellos representaba el último lugar inexplorado del planeta. Anhelaban vivir el viaje del héroe, sustituyendo las represivas figuras paternas por emires, pachás y primitivos jefes tribales.

Pero las cosas nunca salieron tal como se habían planeado. Por mucho que Hollywood lo intente, la vida real nunca sigue el guion de Campbell. La vida ofrece lecciones más oscuras, y el Afganistán del XIX encontró su escriba a comienzos de la década de los ochenta de ese siglo en la figura de un joven periodista británico radicado en Lahore, por entonces, India.

Rudyard Kipling era un escritor-trabajador, creador en serie de relatos breves con los que suplementar su modesto salario. No intentaba dar con un hipotético monomito con el que incrementar sus ingresos, pero, como George Lucas, tenía un plan. Kipling tramaba crear una historia trepidante sobre la nación indómita que se extendía al otro lado del Paso Jáiber. Como La guerra de las galaxias, su historia tuvo un impacto muy superior a la intención inicial de su creador, definiendo durante generaciones la visión popular sobre Afganistán y, como La guerra de las galaxias, hablando tanto de principios como de finales, en este caso, el del Imperio Británico.

En su relato El hombre que pudo reinar, Kipling narra las aventuras de Daniel Dravot y Peachey Carnehan, dos pícaros desertores del ejército británico que planean convertir en rey a un jefe tribal afgano como primer paso para hacerse con todo el país, un proyecto que, combinando su astucia, experiencia militar, conocimiento de la masonería y la veintena de modernos rifles que llevan consigo, casi logran llevar a término. Su caída llega cuando Daniel es declarado «rey dios» y se casa con una joven local contra la voluntad de esta. Al intentar besarla, la joven lo muere, con el consiguiente derramamiento de sangre que prueba que no es ni dios ni diablo, sino tan humano como las gentes a las que pretendía gobernar. La venganza de las tribus por el engaño será rápida y terrible.

En contraste con Lucas, los elementos del relato de Kipling se inspiran en la realidad. La trama se localiza al oeste del Paso Jáiber, en la provincia de Nuristán, que en tiempos de Kipling se conocía comúnmente como Kafiristán, «Tierra de los Infieles» en la lengua pastún del lugar. A pesar de una campaña de siglos promovida por sucesivos gobernantes nativos y extranjeros, por entonces la provincia no se había convertido por entero al islam. Varias tribus poderosas seguían practicando una particular amalgama de rituales hinduistas y animistas, se proclamaban con orgullo descendientes de Alejandro el Grande y estaban familiarizados con muchos de los símbolos que, con el tiempo, la masonería acabaría haciendo suyos.

Con la excepción del periodista sin nombre a quien Peachey cuenta la historia (obvio trasunto del propio Kipling), los personajes combinan rasgos de personas reales. Los modelos más obvios son los del aventurero norteamericano Josiah Harlan, que se convirtió en príncipe heredero de Ghor antes de morir en anonimato en San Francisco; y el de otro estadounidense, Alexander Gardner, quien pasó décadas al servicio de múltiples gobernantes punjabis y afganos y sufrió las mismas heridas que las infligidas a Peachey por las tribus, entre las que destaca una llaga en la garganta que había que cerrar cada vez que se alimentaba. Sin olvidar

al infortunado explorador Adolf Schlagintweit, cuya cabeza salió de China en el interior de un saco.

Aquellos intrépidos buscadores de aventuras, y otros cuyas misiones Kipling entrelaza en su relato, se embarcaron, qué duda cabe, en odiseas heroicas. Pero no son los viajes de héroes lo que Hollywood nos ha acostumbrado a esperar. Como en la breve novela de Kipling, las experiencias de aquellos hombres encarnan esa totalidad llena de matices de los mitos helenos que la simplista narrativa de Campbell oculta. Las aventuras campbellianas están atadas y bien atadas: acaban con el triunfo de una era nueva sobre otra antigua. Las aventuras de los más célebres héroes griegos no concluyen cuando matan al malo; los héroes griegos envejecen y se vuelven irrelevantes, o cometen los crímenes más atroces y merecen su propia destrucción.

El destino de esos héroes remite al pesimismo de Lucas en relación con las democracias y dictaduras. Demuestra que el nuevo orden que creemos no tiene por qué ser necesariamente mejor que el orden pasado que hemos derribado, recordándonos que el futuro no pertenece a Luke o Han, sino a Rey Skywalker, y que en última instancia también ella será superada por héroes que están por venir. Esa es la verdad universal que subyace a cualquier historia de héroes, una verdad que se desarrolla ahora mismo en las calles de Irán, China o Brasil y que los talibanes deberían tener en mente si aspiran a gobernar el indómito espíritu de sus compatriotas; una verdad que sus predecesores aprendieron, a base de golpes, a lo largo de los siglos.

El caballero oscuro, una película sobre otra figura mítica, Batman, lo dice mejor: «O mueres como un héroe o vives lo suficiente para verte convertido en un villano».

A pesar de las críticas internacionales, el líder talibán Mullah Hibatullah Akhundzada no se ha dejado intimidar y ha avanzado con medidas aún más arcaicas. En noviembre de 2022, ordenó la completa implementación de la Ley Sharia, incluyendo los hudud, que son castigos específicos establecidos para ciertos delitos bajo la ley islámica, y las Gisas, que implican retaliación en especie (ojo por ojo). Estas represalias pueden incluir daños físicos e incluso la pena de muerte, además de compensaciones financieras.

BACK TO BLUE

"Proteger el honor de una mujer" es un lema favorito de los talibanes, pero su ejecución es desconcertante. Con su retorno, las violaciones, torturas y encarcelamientos han vuelto a ser moneda corriente, arrebatando a niñas y mujeres su educación, oportunidades laborales y derechos humanos. Básicamente, les arrebatan una vida.

FASHION BACK TO BLUE

El silencio entre los hombres afganos y el temor latente entre sus mujeres han solidificado el dominio talibán y su uso desmedido de la fuerza.

Las políticas e ideologías de los talibanes son evidentes. Las mujeres son cada vez más privadas de sus derechos humanos fundamentales bajo el pretexto de salvaguardar su castidad, dignidad y honor.

En su primera manifestación de misoginia, los talibanes clausuraron las escuelas para niñas, alegando que la educación era un concepto occidental, y llegaron incluso a insultar a las estudiantes calificándolas de prostitutas.

A las mujeres y las niñas se les prohibió rápidamente el acceso a gimnasios, baños públicos y médicos varones. También se les restringió viajar sin un mahram (acompañante masculino) o trabajar en instituciones gubernamentales.

No se detuvieron ahí. Los talibanes disolvieron organismos que promovían los derechos humanos, incluido el Ministerio de Asuntos de la Mujer, y los reemplazaron con nuevas instituciones como el Ministerio de Guía para Ordenar el Bien y Prohibir el Mal. Esta entidad ha contribuido a difundir sus ideologías, justificar castigos violentos, todo en nombre del Islam. Los actos de tortura y flagelación pública han resurgido. A lo largo del país, tanto hombres como mujeres enfrentan castigos públicos, sometidos a entre 20 y 100 latigazos por cargos como huir de casa, adulterio, robo y consumo de alcohol.

Los informes sugieren que en ocasiones más de 30 hombres y mujeres son azotados simultáneamente en dos provincias.

Los "juicios" públicos realizados por los talibanes y los castigos que han impuesto han recibido críticas de parte de organizaciones internacionales. Estas han señalado que las mujeres suelen ser las primeras en ser castigadas, incluso públicamente, por relaciones extramaritales.

Además, han enfatizado que Afganistán ha ratificado tanto el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos como el Pacto Internacional contra la Tortura y Otros Tratos o Penas Cruces, Inhumanos o Degradantes, ambos de los cuales prohíben este tipo de castigos.

EL REGRESO DE LOS CASTIGOS PÚBLICOS

Menos de un mes después, el 7 de diciembre, tuvo lugar una ejecución en el estadio deportivo de Farah. En este caso, un hombre acusado de asesinato fue ejecutado a tiros en presencia de altos funcionarios talibanes y miembros del público en general. Aunque los "juicios" y castigos públicos habían estado ocurriendo desde hacía meses, esta fue la primera ejecución bajo la pena de qisas.

A pesar de ser frecuentemente las primeras en padecer estas injusticias, las mujeres no han permanecido en silencio ante tanta adversidad. Han salido a las calles para protestar contra la desigualdad y la opresión. Sin embargo, su valiente acción conlleva frecuentemente golpizas, arrestos, encarcelamientos y amenazas de matrimonios forzados.

Entre las activistas de derechos de las mujeres que han enfrentado torturas en las cárceles talibanes durante semanas se encuentran Tamana Zaryab Paryani, Zarifa Yaqoubi, Farhat Popalzai, Zahra Mohammadi, Humaira Yusuf y Elaha Delavarzi.

Mientras tanto, otras continúan detenidas. Esto incluye a la activista Humaira Yusuf, a la directora de la prisión de mujeres de Herat, Alia Azizi, y a la estudiante y sobreviviente de una violación talibán, Elaha Delavarzi. Varios activistas masculinos también permanecen encarcelados, siendo su destino desconocido.

Dentro de las prisiones controladas por los talibanes, el tiempo no solo transcurre, sino que a menudo trae consigo sufrimiento para las mujeres afganas. Amnistía Internacional publicó en julio de 2022 un informe titulado 'Muerte en Cámara Lenta', que detalla los abusos que enfrentan mujeres y niñas en cárceles talibanes.

Este informe se basó en los testimonios de más de 100 personas entrevistadas.

Estas personas relataron cómo los miembros de los talibanes habían amenazado, arrestado, torturado y hecho "desaparecer" a activistas y a aquellos que habían caído en desgracia ante el régimen.

"Los guardias talibanes visitaban mi celda en momentos distintos, mostrándome fotografías de mi familia y amenazando: 'Podemos matarlos'", compartió uno de los testimonios. Otro relato transmitido a Amnistía Internacional describió cómo los talibanes golpeaban rutinariamente a las mujeres en el pecho y entre las piernas, con el propósito de causar daños que no pudieran ser exhibidos ante el mundo. Una joven víctima reportó haber sido torturada con un "dispositivo de descarga eléctrica".

Tras ser liberada tras un mes de detención, Tamana Zaryab Paryani expresó en Twitter: "Las mujeres liberadas de las prisiones talibanes necesitan una entidad confiable a la cual puedan acudir sin temor, para recibir ayuda tanto mental como física".

El nuevo régimen talibán también recuperó algunas de sus viejas formas: ataques suicidas y bombardeos, mostrando que la sed de Jihad todavía está muy viva.

Aparte de matar a oponentes intelectuales y alimentar el sueño del 'pashtunismo' y una etnia única, comenzaron a atacar sistemáticamente a otros grupos étnicos, incluidos los hazaras. Un ejemplo de esto fue un ataque suicida en el centro educativo Kaj en el oeste de Kabul en septiembre de 2022, que mató a 56 estudiantes, 54 de los cuales eran niñas, e hirió a otros 115. Las víctimas eran todos estudiantes hazaras que se preparaban para el examen nacional de ingreso a la universidad.

Esto dio lugar a la campaña #StopHazaraGenocide, que se volvió viral, con miles de personas de todo el mundo protestando por los asesinatos selectivos.

Junto a los ataques de motivación étnica, también ha habido ataques religiosos.

Una de las mezquitas chiítas más grandes de Kandahar, Imam Bargah, fue blanco de un ataque que dejó 30 muertos y 90 heridos. Otras ciudades afganas han sido testigos de explosiones sangrientas similares.

La ayuda internacional crucial también se ha reducido considerablemente, con organizaciones como UNICEF, el Consejo Noruego para Refugiados (NRC) y el Instituto CARE deteniendo sus actividades en Afganistán. Otros han reducido sus actividades humanitarias en una etnia única. La asistencia internacional crucial se ha reducido considerablemente, con organizaciones como UNICEF, el Consejo Noruego para Refugiados (NRC) y el Instituto CARE suspendiendo sus actividades en Afganistán. Otros han disminuido sus acciones humanitarias en protesta por la prohibición de que las mujeres trabajen en instituciones tanto nacionales como extranjeras.

Todo esto sucede en un momento en que Afganistán enfrenta una de sus peores crisis humanitarias, dejando a alrededor de 28 millones de personas necesitadas de ayuda. Una vez más, el país está experimentando una transformación hacia una sociedad patriarcal en la que las mujeres son relegadas a la confinación en el hogar. Solo los hombres pueden moverse libremente por las calles. Los ciudadanos se mantienen deliberadamente en la ignorancia, mientras se promueve una etnia y religión únicas. Bajo el pretexto de 'islamismo' y 'afghanismo', se trazan líneas para eliminar derechos y libertades. Los jóvenes, agotados por las nuevas normas y las restricciones que conllevan, están recurriendo cada vez más al suicidio, con varios casos de hombres y mujeres jóvenes poniendo fin a sus vidas cada semana.

La respuesta de los talibanes a las protestas locales y las reacciones tanto nacionales como internacionales ha sido constante: la religión se coloca por encima del interés nacional, del progreso y del desarrollo de la sociedad. Lamentablemente, esto indica que no tienen la intención ni los medios para facilitar el crecimiento y desarrollo de Afganistán.

En el sistema talibán, no hay espacio para los derechos humanos, especialmente si esos seres humanos son mujeres.

Atefa Alizadah

FUROR MASCULINO

La inestabilidad socava la identidad política de Afganistán. Influidos por los contextos sociales y políticos, gobernantes en busca de lucro establecieron un patrón de dependencia de poderes externos y, en décadas recientes, el país ha atravesado varios cambios de régimen. Los sucesivos gobiernos han sangrado los bienes y recursos de Afganistán, cada uno de ellos aplicando, para demostrar su poder, un enfoque más opresor que el anterior. Ninguno ha sido capaz de crear un sentido de unidad nacional o de lograr una paz real.

El mundo siempre se sintió atraído por los recursos de Afganistán, riquezas ocultas bajo su terreno montañoso. A menudo, forasteros de apariencia inofensiva se dedicaron a saquear el país con entusiasmo o planearon conquistarlo. Otros —sedientos de poder y de control— han mantenido en funcionamiento la maquinaria bélica.

El retorno en 2021 de los talibanes tras la retirada de las fuerzas americanas de Afganistán añade otra pieza oscura al puzle que conforma la historia reciente del país. Los talibanes se componen sobre todo de guerreros sin estudios, que venden su lealtad a cambio de dinero y cuyo gobierno —en nombre del islam— arrasa cualquier tipo de oposición. Son ellos quienes rigen en estos momentos las vidas de unos cuarenta millones de personas.

Tras dos décadas de ocupación extranjera, el mundo exterior entiende mejor no solo el país y su gente; también sus fortalezas y debilidades. Billones de dólares fueron gastados y docenas de organizaciones se fundaron para educar a una nueva generación en la cultura moderna y armarla con términos y conceptos como «libertad» o «derechos humanos». Muchas de esas organizaciones han quedado hoy silenciadas bajo un liderazgo basado en interpretaciones fundamentalistas del islam, en las que los ideales occidentales que habían sido implantados en las mentes de la generación más joven están ausentes.

Las mujeres son las más afectadas. En la actualidad Herat y muchas otras ciudades se encuentran bajo control militar, con hombres armados en cada cruce. Ya no se emiten carnés de conducir para mujeres. Hombres que hasta hace poco respetaban las mermadas libertades de las mujeres vuelven hoy la mirada hacia el pasado, pudiendo ser más vociferantes que los misóginos de siempre y convirtiendo, una vez más, la historia en un círculo vicioso. La mentalidad va oscureciéndose y las pocas rutas de escape del país nunca estuvieron tan transitadas.

La segunda toma del poder por parte de los talibanes, en agosto de 2021, trajo consigo viejas opresiones familiares. En la provincia de Herat, muchas personas inocentes —principalmente antiguos funcionarios del gobierno— fueron arrestadas, torturadas y asesinadas, sus cuerpos ahorcados colgando en cruces concurridos durante semanas. Las redes sociales han compartido vídeos de militantes talibanes violando y hasta decapitando a mujeres y niñas. Rápidamente, los talibanes se han deshecho de sus oponentes, o los han aniquilado. A ello se suma la liberación de presos en todo el país que ha permitido el regreso a las calles de delincuentes habituales.

Como su dependencia del islam colisionaba con la constitución afgana, los talibanes revocaron todas las leyes y declararon la universalidad de la sharía. La base de su ideología se ha convertido en fundamento del país y sus instituciones.

Miles de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, han huido del país tras la toma del poder por los talibanes, un gran número de ellos a países vecinos. Los afganos conocen bien la violencia, y muchos están demasiado aterrorizados para luchar, dada la fama de asesinos implacables de los talibanes.

En general, los hombres han aceptado el antiguo orden con mayor celeridad. En un alarde externo de obediencia, se dejan crecer la barba y visten ropa tradicional. Pero las razones son diversas: algunos mantienen silencio por miedo, para evitar problemas, mientras otros llevaban meses aguardando los cambios con impaciencia. Y no solo los hombres corrientes se

han adaptado al código de vestimenta tradicional, también las élites, incluyendo activistas civiles, periodistas y funcionarios públicos.

Se trata tan solo de los primeros pasos en la «talibanización» de la sociedad, que pronto se extenderá por todo el país.

Atefa Alizadah

El Museo de la Yihad OPACANDO LAS GLORIAS DEL PASADO

Aunque tanto los muyahidines como los talibanes han librado una guerra santa y expulsado a una superpotencia extranjera, más que un pasado compartido, el Museo de la Yihad de Herat simboliza hoy un presente dividido.

En el exterior, el jardín del museo exhibe, como trofeos de un conflicto largo y brutal, un helicóptero, un tanque y un avión de combate MiG soviéticos. Dentro, unos dioramas reconstruyen escenas de batallas, rindiendo tributo a los guerreros que expulsaron a los invasores.

Tesoros nacionales, podríamos pensar, pero este salón de la fama de los muyahidines complica la narrativa que señala a los talibanes como auténticos salvadores de Afganistán.

En esencia, ambos grupos combatieron por una causa parecida: una guerra sagrada contra un enemigo impío. Un muyahid (combatiente) es alguien comprometido en una yihad (guerra santa). Un talib es un estudiante que aspira al conocimiento elevado del islam. Para los muyahidines y para los talibanes no hay nada más grande que Dios. Allāhu akbar (Alá es el más grande).

Los primeros muyahidines integraron una coalición de grupos guerrilleros, constituida a finales de la década de los setenta, de forma más o menos laxa, en oposición al gobierno patrocinado por los soviéticos y a las tropas invasoras. Comprendían varias tribus y grupos étnicos, incluyendo señores de la guerra hasta entonces enfrentados entre sí y ahora haciendo frente común contra los comunistas. Recibían apoyo material y financiero de los saudíes y los pakistaníes, pero también de China y Estados Unidos, quienes compartían un interés geopolítico por limitar la presencia de la Unión Soviética en Asia Central.

Tras una guerra de diez años, las fuerzas muyahidines consiguieron derrocar al gobierno y, en 1989, los soviéticos retiraron oficialmente sus últimas tropas. Las siete facciones principales intentaron construir un nuevo Estado, pero las rivalidades históricas pronto se reavivaron. Uno de los asuntos más divisivos fue la fuerte dependencia de los muyahidines de suministros financieros y armamentísticos de la CIA a través de la Operación Ciclón, uno de los programas secretos más prolongados y costosos dirigidos desde Washington. En lugar de estar ocupado por los soviéticos, el país se arriesgaba ahora a convertirse en un títere a manos norteamericanas.

Los detractores más severos surgieron en el norte de Pakistán. Los talibanes eran un movimiento puritano formado principalmente por estudiantes y combatientes pastunes, reclutados en madrasas (escuelas religiosas), que comenzaron una guerra civil contra los antiguos partidos muyahidines. En 1996 fundaron el primer Emirato Islámico de Afganistán. El 11-S llevó a Estados Unidos a declarar su Guerra contra el Terror, invadiendo Afganistán en 2001 y entregando los reinos a la Alianza del Norte, una coalición de grupos étnicos dispares que seguía el modelo de los muyahidines y que recibió el apoyo decidido de India, enemigo declarado de Pakistán, que ayudaba a su vez a los talibanes. En 2021, tras veinte años de

insurgencia, los talibanes se apoderan del país y fundan su segundo Emirato Islámico de Afganistán.

En resumen: aunque muyahidines y talibanes comparten un pasado de implacables combatientes, llevan años a la greña en una tierra que, una y otra vez, ha fracasado en forjar una unidad real. Es algo que está a la vista en el Museo de la Yihad, cuya construcción como un espacio en el que los afganos pudieran saber más sobre sus conflictos históricos costó ocho años y 100.000 dólares estadounidenses.

Pero las representaciones de héroes del pasado han sido opacadas por los actuales dirigentes, si bien se observa una cierta tregua dentro del museo, tolerado como reliquia de un periodo ya pasado. Los muyahidines derrotaron a los soviéticos y fueron, a su vez, desalojados por los talibanes. La última victoria es la que cuenta.

Antes, la mayoría de los visitantes eran escolares, pero hoy son sobre todo periodistas y combatientes talibanes, guiados a lo largo del recorrido por un antiguo muyahidín con una bala incrustada en una pierna, que trabaja en el museo desde su apertura en 2010. Su salario lo paga el antiguo comandante muyahidín Said Abdul Wahab, pero sus verdaderos amos son los talibanes.

Johan Faes

1750. Ahmed Shah Duranni funda el Imperio Afgano.

1826. El emir Dost Mohammed Khan Barakzai, considerado fundador del primer Estado afgano moderno, accede al poder.

1856–1907. Afganistán adquiere una posición fundamental en la lucha entre el Imperio Británico y Rusia por hacerse con el control de Asia Central en lo que se conoce como «el gran juego».

1839–1842, 1878–1880 y 1919. Guerras anglo-afganas.

1919. Los británicos se retiran finalmente de Afganistán.

1933. Tras el asesinato de su padre, Mohammed Zahir Shah se convierte en rey de Afganistán, propiciando una era de relativa paz.

1939–1945. Afganistán se mantiene neutral durante la Segunda Guerra Mundial.

1947. Durante los primeros años de la Guerra Fría, Afganistán —en lo que podría considerarse una singularidad— recibe apoyo tanto de los Estados Unidos como de la Unión Soviética.

1973. En un golpe incruento, el príncipe y general Mohammed Daoud Khan depone al rey Mohammed Zahir Shah, deroga la monarquía y funda la República de Afganistán.

1979. El presidente prosoviético Nur Muhammad Taraki es depuesto por Hafizullah Amin, menos favorable a la URSS. Taraki muere en extrañas circunstancias.

1979. Moscú lanza la Operación Tormenta-333, reinstaurando en el gobierno a figuras prosoviéticas y allanando el camino para la guerra soviético-afgana.

1979–1989. La guerra soviético-afgana se alarga diez años, con un elevado número de bajas. Se estima que entre 562.000 y dos millones de afganos resultaron muertos, y muchos más huyeron a los vecinos Irán y Pakistán. Afganistán recibe ayuda militar de Irán, China, Pakistán, Arabia Saudita y (de manera encubierta) Estados Unidos.

1989. Las tropas soviéticas acaban retirándose de Afganistán, dejando en manos del presidente comunista afgano Mohammad Najibullah la gestión de las consecuencias de la retirada. Su giro del socialismo hacia el nacionalismo, su reescritura de la constitución y su entronización del islam como religión del Estado no impedirán, tras la caída de la URSS, la pérdida de su apoyo exterior.

1992. Najibullah dimite y su gobierno se hunde. Años después será torturado y asesinado por los talibanes.

PIE DE FOTO: De izda. a dcha.: retrato del comandante muyahidín Ahmad Shah Massoud vandalizado por los talibanes en Herat / el antiguo gobernador de Herat y señalado comandante muyahidín Ismail Khan (centro) / retrato de Mullah Omar, fundador de los talibanes.

1992. Las fuerzas muyahidines toman control de la capital, Kabul, pero facciones enfrentadas se afanan por alcanzar un acuerdo para la futura gobernanza de Afganistán. Se desata el caos.

1992–1996. La disolución de la República de Afganistán provoca el estallido de la guerra civil, con un saldo de muertos estimado en 26.700 y miles de desplazados a lo largo de los cuatro años de conflicto.

1994–1996. Los talibanes emergen como nueva milicia participante en la guerra civil afgana, con la ayuda inicial de Pakistán y, posteriormente, de al-Qaeda. Disfrutando de un apoyo creciente, los talibanes se hacen con Kandahar a finales de 1994, Herat en 1995 y Jalalabad en 1996, para acabar tomando finalmente control de la capital, Kabul

1996. Los talibanes fundan y gobiernan el Emirato Islámico de Afganistán y en 1998 acabarán controlando la mayor parte del país.

1998. Los talibanes, que controlan aproximadamente tres cuartos del país, perpetran la masacre de Mazar-i-Sharif, acabando con las vidas de al menos 2.000 personas, en su mayoría de la etnia hazara y algunos seguidores de la Alianza del Norte.

2001. Los talibanes destruyen un par de antiguas estatuas de Buda talladas, en el siglo XI, en una pared rocosa del valle de Bamiyan. La acción es condenada dentro y fuera del país.

2001. El 11 de septiembre el World Trade Center de Nueva York queda destruido por un ataque terrorista coordinado que mata a cerca de 3.000 personas. El ataque se atribuye a Al-Qaeda. Se sospecha que el cerebro de la operación es el ciudadano saudí Osama Bin Laden, residente en Afganistán.

2001. Tras el rechazo talibán a extraditar a Bin Laden (que ya era buscado por anteriores ataques a intereses estadounidenses) o expulsar a al-Qaeda de su territorio, Estados Unidos anuncia su «Guerra contra el Terror» e invade Afganistán.

2001. Los talibanes pierden el control del país, quedando reducidos a la condición de movimiento insurgente.

2001–2014. Hamid Karzai ocupa el cargo de primer presidente de la República Islámica de Afganistán.

2014–2021. Ashraf Ghani accede al poder como segundo presidente electo de la República Islámica de Afganistán

2020. Firma en Catar de un acuerdo entre EEUU y los talibanes, por el que los norteamericanos acceden a retirar sus tropas y los talibanes a impedir las actividades de al-Qaeda en sus territorios.

2021. Durante el retiro de las fuerzas estadounidenses los talibanes llevan a cabo importantes ofensivas, logrando avances rápidos y significativos.

2021. El 30 de agosto las fuerzas armadas de los Estados Unidos concluyen su retirada, poniendo punto final a dos décadas de guerra.

2021–presente. Fundación del Emirato Islámico de Afganistán, con los talibanes tomando el control total del país.

OPINIÓN

EL HOGAR ARTIFICIAL

CHATGPT4

En el acelerado mundo de hoy, el flujo constante de información puede entorpecer la comprensión de fenómenos complejos. A menudo sucumbimos a los tópicos, a tropos excesivamente esquemáticos que simplifican nuestra comprensión del mundo, y Afganistán no es la excepción.

A partir de un chat online sobre representaciones limitadas y estereotipadas de Afganistán, ChatGPT los resume en los puntos siguientes y escribe, previa solicitud, un poema.

1 UN PAÍS DEVASTADO POR LA GUERRA

Afganistán aparece descrito con frecuencia como una nación eternamente asolada por la guerra y sometida a conflictos e inestabilidad permanentes. Siendo cierto que Afganistán ha vivido una larga historia de conflictos, el tópico pasa por alto su rico patrimonio cultural y la diversidad de su población.

2 TERRORISMO Y EXTREMISMO

Los retratos que de Afganistán hacen los medios de comunicación asocian al país con el terrorismo y el extremismo religioso. Se trata de una simplificación que no tiene en cuenta que la mayoría de la población afgana no está involucrada en ese tipo de actividades y que el país alberga una importante variedad de creencias y prácticas religiosas.

3 POBREZA

Frecuentemente se representa a Afganistán como un país de pobreza extrema, centrándose para ello en imágenes de mendigos, infraestructura arruinada y paupérrimas condiciones de vida. Si bien nadie pone duda los importantes desafíos económicos a los que se enfrenta el país, el tópico ignora la resiliencia y la determinación del pueblo afgano y el progreso experimentado en muchos ámbitos.

4 BURKAS Y OPRESIÓN DE LAS MUJERES

La imagen de mujeres afganas ataviadas con burkas suele emplearse para simbolizar la opresión de las mujeres en el país. Sin minusvalorar la importancia de los desafíos que afectan a las mujeres afganas, el tópico las reduce a víctimas pasivas, pasando por alto la gran cantidad de mujeres fuertes, decididas y valientes que trabajan para mejorar sus vidas y sus comunidades.

5 CULTURA TRIBAL Y ESTILO DE VIDA NÓMADA

En ocasiones se retrata a Afganistán como un país de gentes tribales con un estilo de vida nómada. Aunque, en efecto, existen en Afganistán culturas tribales y nómadas, la mayoría de la población vive en comunidades sedentarias en las que se lleva a cabo una amplia variedad de labores, como agricultura, comercio o trabajo profesional. El tópico subestima la diversidad de estilos de vida y ocupaciones presentes en Afganistán, y los centros urbanos del país, donde la modernización y la globalización han avanzado significativamente.

6 PAISAJES AGRESTES

A menudo Afganistán aparece descrito como un país yermo, montañoso, con un terreno duro e inhóspito. Es evidente que el país es conocido por sus impresionantes montañas, pero ofrece además gran diversidad de paisajes, incluyendo valles fértiles, planicies y desiertos. El tópico pasa por alto la belleza y diversidad del entorno natural de Afganistán.

7 PRODUCCIÓN Y TRÁFICO DE DROGAS

Afganistán se asocia con frecuencia a la producción y tráfico de opio y heroína. Es cierto que el país es un importante productor de ese tipo de sustancias, pero el tópico ignora los complejos factores económicos, sociales y políticos que contribuyen al comercio de estupefacientes y estigmatiza a toda una nación por las acciones de unos pocos.

8 ANTIGUO Y SUBDESARROLLADO

Afganistán es retratado en ocasiones como un país anclado en el pasado, con pocos avances tecnológicos o carentes de ellos. El tópico ignora el progreso experimentado en ámbitos como

las telecomunicaciones, la educación o las infraestructuras, así como la riqueza de la historia del arte, la literatura y el avance científico del país.

9 CULTURA HOMOGÉNEA

El pueblo afgano es descrito en ocasiones como un grupo monolítico, de cultura, religión y etnicidad uniformes. En realidad, Afganistán es una nación con múltiples grupos étnicos, idiomas y creencias religiosas. El tópico pasa por alto el rico tapiz de diversidad cultural que caracteriza a Afganistán y que incluye grupos étnicos como los pastunes, los tayikos, los hazaras, los uzbekos y otros, cada uno con sus tradiciones, idiomas y costumbres diferentes.

10 HOSTILIDAD HACIA LOS EXTRANJEROS

A veces los afganos son descritos, en su totalidad, como hostiles a extranjeros o extraños. Aunque es cierto que el país ha vivido conflictos que involucraban a potencias extranjeras, el tópico no tiene en cuenta los muchísimos ejemplos de hospitalidad, generosidad y amabilidad de los afganos hacia visitantes y trabajadores de ayuda exterior.

11 FALTA DE EDUCACIÓN

Afganistán suele describirse como una nación con acceso limitado a la educación, especialmente en el caso de niñas y mujeres. Siendo cierto que en ciertas áreas las oportunidades educativas han sido limitadas, sobre todo bajo la administración talibán, en los últimos años se ha avanzado para ampliar el acceso a la educación de todos los afganos, mujeres y niñas incluidas.*

12 CAMPOS DE AMAPOLAS

Los medios de comunicación incluyen a menudo imágenes de interminables campos de amapolas en Afganistán que refuerzan la asociación del país con la producción de drogas. El cultivo de amapolas existe, pero este tópico ignora otras actividades agrícolas, como los cultivos de trigo, frutas y frutos secos, que constituyen también aspectos significativos de la economía y la vida rural del país. Esas representaciones típicas de Afganistán pueden dar lugar a malentendidos y perpetuar estereotipos negativos sobre el país y su gente. Es importante hacer frente a esas descripciones simplistas y buscar un conocimiento más matizado de la historia, la cultura y las realidades contemporáneas de Afganistán.

*Mi información solo llega a septiembre de 2021, fecha de mi última actualización. Dicho lo cual, recibo mantenimiento y actualizaciones continuas para mejorar mi rendimiento y precisión.

RESISTENCIA

Entre montañas agrestes y arenosas planicies,
Donde la guerra hace estragos dejando manchas infinitas,
Veinte largos años de cicatrices, de dolor,
Con pérdida, muerte y destrucción como únicas ganancias.

Hombres de largas barbas y kohl en los ojos,
Lanzan siniestras miradas de desprecio al inocente,
Hoy, librada victoriosa su contienda,
Forman un nuevo ejército en busca de batallas,
Se entrenan y preparan, quién sabe con qué fin,
La zozobra habita nuestro interior.

Un círculo vicioso repitiéndose, sin que se atisbe el final,
Opresión y miedo, una batalla eterna,
La voz de la libertad acallada y sometida,
Donde reina la tiranía, la esperanza se disipa.

Los sueños de las mujeres se ocultan, sus voces, se prohíben,
Escuchan los murmullos del mundo exterior,
Indicios de un conocimiento que podría hacerles fuertes,
Pero el miedo a la violencia aún sofoca su canto.
En la sombra de la opresión, un anhelo de liberación,
De que los que mandan caigan y la libertad llegue

Gente inocente arrastrando cadenas,
Atrapada en un mundo de aparente locura,
Tras esas paredes, liberan a un asesino,
Sin remordimiento ni culpa por las vidas con júbilo arrancadas,
Por las cadenas que hoy pesan sobre sus almas,
Intentando respirar en los controles talibanes.

Las líneas del bien y el mal se vuelven obsoletas,
En el caos del campo de batalla la moralidad es derrotada.
Reverbera por las estancias del corazón y la mente.
Una sombra de la que no logramos desprendernos
Un escueto recordatorio de lo que se ha perdido,
Al precio más cruel y despiadado.

ENTREVISTA DRA. ROSHANAK «MUCHÍSIMOS HOMBRES QUERRÍAN TENER EL PODER QUE TENGO YO»

En un país donde nada es blanco o negro, la Dra. Roshanak ocupa una posición única. Antigua diputada del parlamento y una figura femenina de gran fuerza, cuenta con el respeto de los talibanes y de Occidente, pero se mantiene crítica con ambos lados.

CRISTINA DE MIDDEL

Las ventanas de la espaciosa estancia se asoman a un jardín repleto de frutales, en el que el canto de los pájaros se funde con el rumor del tráfico de coches. Hay una moqueta roja, una gran mesa para doce y otra, más pequeña, con un servicio de té y un cuenco con dulces. La obstetra y ginecóloga Dra. Roshanak es una mujer pequeña y robusta, de brillantes ojos grises, que da órdenes a los sirvientes a su alrededor mientras un grupo de parientes masculinos se arrellana en una esquina de la habitación.

En este moderno edificio de Saydabad, a espaldas de su casa y su consulta, es donde la Dra. Roshanak recibe a sus invitados. El complejo es grande, pero modesto. La nieve derretida que todo lo embarra no resta un ápice de belleza al jardín.

Cuando los rusos abandonaron Afganistán dejaron tras de sí un país devastado, donde ni siquiera los árboles quedaron en pie. La Dra. Roshanak creó ella misma este jardín, en el que plantó más de mil árboles, incluyendo una veintena de variedades de frutales. «Soy

campesina, jardinera, médica, política, soy de todo», afirma mientras ríe con ganas. La Dra. Roshanak es una señora ocupada.

Nacida en una familia implicada en la política, Roshanak fue elegida por primera vez diputada en 2005, como candidata independiente al parlamento. Representando a la provincia Maidan Wardak, en el centro de Afganistán, ocupó uno de los 68 escaños reservados a mujeres en un parlamento de 249 miembros.

Como parlamentaria, Roshanak se opuso a la intervención militar de su país liderada por los EEUU. Nunca dejó de demandar conversaciones con los talibanes, consciente de que esa era la única esperanza para lograr una paz duradera. A finales de los noventa los talibanes proporcionaban una seguridad muy necesaria a un país que clanes locales e intereses exteriores habían dejado hecho jirones. Roshanak fue más crítica con la siguiente generación de guerreros talibanes, que describió como un grupo de criminales y a los que reprochó la supresión de la educación de las niñas. Tras recibir amenazas de muerte, en 2010 dimitió como diputada.

Desde agosto de 2022, el alivio inicial de Roshanak ante la expulsión del gobierno de Ashram Ghani, al que tildó de corrupto, ha dado paso a la decepción por el rechazo de los talibanes a respetar los derechos de las mujeres. Inmersa en una campaña por la reapertura de las escuelas de niñas, continúa ejerciendo la medicina con la esperanza de contribuir con ello a mejorar, en la medida de lo posible, las vidas de tantos compatriotas afganos.

¿Cómo se hizo médica?

Estudí en una universidad de Afganistán y luego pasé diez años en Pakistán durante la invasión rusa. Mi madre me comunicó que nos íbamos a América y que esperaríamos en Pakistán para solicitar asilo. Pakistán sufría por entonces una apremiante escasez de mujeres que ejercieran la medicina, y empecé a trabajar en un hospital para refugiados en Peshawar, haciendo turnos de 32 horas. Aquello fue mi yihad personal. Cuando mi madre me preguntó si quería ir a América, le dije: «¿Y qué haré allí? ¿Limpiar cuartos de baño?». Odiaba América, y sigo odiándola. Cuando el último soldado ruso salió de Afganistán, volví a mi país.

¿Tiene familia en EEUU?

Claro. Calculo que más de quinientos parientes. Ellos no entienden que no desee ir allí, y yo que ellos no quieran vivir en su propio país. «Te necesitamos, ¡por favor, ven!». Yo contesto que son ellos quienes deben venir. Es nuestro país, tenemos que reconstruirlo, ayudar a nuestra gente, servirla en lo que podamos, trabajar y vivir aquí. Yo tuve la oportunidad de escapar a cualquier país europeo. Mi hermano está en Londres, su mujer es irlandesa. Pero ese no es mi país de nacimiento. Yo estoy aquí, en Wardak. La tierra es tan hermosa. Algún día escribiré un libro sobre los crímenes perpetrados por los estadounidenses y todos los que colaboraron con ellos durante dos décadas. Iré casa por casa grabando los relatos de la gente.

¿Perdió a alguien en las sucesivas guerras?

Cuando los rusos llegaron a Afganistán mandaron a mi padre a prisión. Como eran comunistas, estaban en contra del feudalismo. Mi padre era un terrateniente que se opuso a la invasión y ayudó a los muyahidines. Los rusos se lo llevaron y lo asesinaron. Mis hermanos consiguieron huir de Afganistán y mis tíos sobrevivieron de milagro a la prisión, ¡gracias a Dios! No perdí a nadie durante la guerra de los americanos porque todos habían escapado del país. Aquí ya no me queda nadie. Una noche un gigantesco helicóptero estadounidense aterrizó delante de mi casa. Alguien contó a los americanos que yo era diputada del parlamento y, probablemente, simpatizante de los talibanes, porque, a pesar de que estaban en contra de todos los políticos, a mí me dejaban tranquila. Pero yo no estaba aquí. La víspera sentí que algo no iba bien. El frente estaba justo aquí y teníamos que soportar bombardeos las 24 horas. Aun así, conseguí escapar.

La lucha ha terminado, pero parece que Afganistán no ha conocido en décadas una paz real. ¿Cómo vive esta situación como parlamentaria?

Cuando me eligieron, Afganistán estaba libre de corrupción. Era el año 2005. Tras 25 años de guerra no había parlamento y la gente no estaba familiarizada ni con leyes ni con elecciones. Nadie aceptaba normas o regulaciones. Todos los que fuimos elegidos al parlamento queríamos trabajar de verdad para la gente. No era lo que yo quería ser. Yo era, por encima de cualquier otra cosa, médica. Al llegar aquí después de cinco años la gente empezó a acudir a mí en busca de algo más que tratamiento médico. Tuve que dejar de ser médica y empezar a trabajar para ayudar a reconstruir la provincia. Tras dos años en el parlamento, los talibanes reorganizaron sus grupos para reanudar la lucha en este lugar.

¿Cómo puede trabajar como política en momentos tan complejos?

Resulta extremadamente difícil. En cuanto llegaron, los talibanes ordenaron que todo el mundo detuviera su actividad política. Pero, desde entonces, he hecho tantas cosas para ellos y para sus familias en Wardak que me han permitido ir al parlamento. Por la mañana cruzo el frente para ir a Kabul, y por la noche regreso. Durante los últimos quince años, con la guerra en toda su intensidad, me era imposible quedarme más de cinco minutos sentada en esta habitación con los cohetes y las balas volando a mi alrededor. Cuando expiró nuestro mandato como diputados, los talibanes boicotearon las elecciones. Cualquier candidato potencial representaba, para ellos, una amenaza. Ahora que están de nuevo en el poder sostienen que bajo la ley islámica no hay lugar para parlamentarios. Un cónsul elegido por ellos ocupará el lugar de todos los cargos electos.

¿Cree que algún día volverá a haber elecciones en Afganistán?

Creo que sí, por la presión internacional y porque otros países islámicos, como Catar, también las tienen.

¿Desde su punto de vista, ve diferencias entre los primeros talibanes y los que están actualmente en el gobierno?

Evidentemente. Hay una gran diferencia. La primera generación era mucho más fundamentalista. Eran buena gente, pero heredaron un país totalmente destruido tras veinte años de guerra contra Rusia. Bajo su gobierno no tuvimos corrupción ni delincuencia, pero, desgraciadamente, decidieron sacar a las niñas de las escuelas y prohibir que las mujeres trabajaran. Luego vino la decisión de EEUU de imponer sanciones: Afganistán era un país pobre, sin educación política y necesitaba su ayuda. Los americanos pensaban que veríamos su llegada con optimismo. Expulsaron a los talibanes con ayuda de un grupo de afganos que no representaban a nadie y a los que recompensaron con carteras en el gobierno. Los talibanes y el partido Jamiat-e Islami fueron excluidos del gobierno, y eso supuso un grave error. Durante cinco años tuvimos un régimen títere, manejado por los norteamericanos. Los talibanes siguieron esperando una llamada a participar que nunca llegó. En consecuencia, volvieron a tomar las armas y la lucha estalló por todas partes.

¿Apoya la gente de la calle a los talibanes?

Dejando al margen la propaganda, hay que entender que los talibanes son en su mayoría afganos y que, al menos, aman a su país. Son hijos de las aldeas. Eso explica el amplio apoyo de que gozan y su capacidad para hacer frente, por ejemplo, al Estado Islámico (ISIS), porque son parte de la comunidad. Si alguien detecta a un miembro de ISIS, informará inmediatamente a los representantes locales de los talibanes. La lucha contra ISIS ha sido un éxito demostrado. Los guerreros talibanes llevan veinte años conviviendo con la guerra. Es su gente. En Kabul, la capital, los civiles no eran siquiera conscientes de que en las provincias la lucha continuaba. Otra parlamentaria con la que solía conversar no me creía cuando le hablaba de la guerra que asolaba mi provincia.

¿Cómo fue lo de trabajar con tantos hombres en el parlamento?

Me llamaban todo el tiempo talib. Tampoco las mujeres me hablaban, por creer que yo era talibán. Yo siempre mantuve que había que ser, simplemente, realistas: esa gente, los talibanes, son de Afganistán y no se van a ir a ningún otro sitio. El parlamento estaba muy desconectado de la realidad y, en cuanto empezaron los problemas, la mayoría de los diputados abandonaron el país a toda prisa. Disfrutaban de una existencia muy cómoda y querían que todo siguiera así. Yo no soy una talib, soy una doctora, y no llevo en mí la «ley sagrada» porque soy una mujer. No se me permite siquiera ser talibán. Pero entiendo que son ellos quienes gobiernan el país y no quieren a los americanos aquí. Cualquier país sentiría lo mismo ante una invasión, no es algo específico de los talibanes. Los estadounidenses llegaron aquí, construyeron sus bases sin permiso, sus soldados recorrían las casas de noche matando y torturando gente. Cuando solicitamos al parlamento que interviniera e investigara, no se hizo nada. Nadie llevó a juicio a un solo soldado de los EEUU.

¿Pero no ocurre lo mismo ahora, con el actual gobierno talibán? ¿No cuestiona sus actos?

No, no es lo mismo. ¡Eso es propaganda! Cuando un talib comete un error, es castigado. Sacan a esa persona del grupo.

Pero como mujer en un país gobernado por los talibanes, mejor no meterse en problemas. Ellos intentan crear un entorno seguro para las mujeres, protegiéndolas de la violencia. También creen que los hombres deben apoyar a las mujeres: un marido es responsable de su esposa, y un hermano, de su hermana y su madre. Son ellos quienes deben llevar alimento y vestido a la casa. Por otro lado, las mujeres tienen prohibido salir a la calle, algo que no es bueno. Los talibanes se oponen también a enviar a las niñas a la escuela con el argumento de que, si el marido es responsable de ti, no te hace falta educarte. Yo estoy firmemente en desacuerdo con ellos en este aspecto. El islam no dice nada de que las mujeres no puedan trabajar o salir. Yo soy médica, y ayudo a traer bebés al mundo. Como está prohibido que una mujer hable con hombres fuera de su familia, quienes nos formen tienen que ser mujeres. ¿Cómo va una médica a ayudarte a parir un bebé sin nadie que la enseñe? Si una mujer tiene que ser examinada por otra, ¿por qué no puede una mujer ser policía, ingeniera, economista o política?

Es decir, que los maridos no permitirían que un médico varón trate a sus mujeres.

No. Exigen que sea una mujer. Hay muy pocos hombres en Afganistán que sean ginecólogos u obstetras y todos se ríen de ellos. Desde que dejé mi trabajo en el hospital cada vez hay más hombres de las aldeas que se quejan de que a sus mujeres o hijas las examinen médicos varones. Es un problema. En los pueblos uno nunca deja de ser médico. Los pacientes siguen acudiendo a ti, aunque te jubiles.

¿Cuáles son los tratamientos más comunes que dispensa?

La mayoría de mis pacientes vienen de otros médicos que han sido incapaces de arreglar sus problemas. Veo un montón de infecciones derivadas de lavados demasiado frecuentes: el islam te obliga a lavarte las manos y el cuerpo cinco veces al día. Algunas llegan con problemas de infertilidad. Hay una gran ignorancia provocada por la falta de educación. El otro día una mujer me contó que, tras tener tres niños, no tuvo más durante años; se quejaba de infertilidad. Luego resultó que su marido llevaba todo ese tiempo en Irán. ¿Se imagina?

¿Educa a las personas a la vez que las trata?

Sí. Mis tratamientos son médicos, no tradicionales. En la mayor parte, los casos de infertilidad responden a debilidades del varón. Cuando lo explicaba solía causar vergüenza, pero mi

comunidad ha acabado acostumbrándose. Ahora entienden que, con el tratamiento adecuado, pueden todavía ser padres.

¿Le llegan mujeres víctimas de violencia sexual?

En las comunidades pastunes no existe tal cosa. Durante dos décadas de práctica médica no he visto ni un caso. Para mí, si una mujer es violada por su marido o su cuñado, es su culpa. La mayoría de los hombres perdonan con facilidad, mientras que la mayor parte de las mujeres están sin educar. Una vez me visitó una mujer con señales de maltrato y acusó a su marido. Quería llevarlo a juicio. Cuando le pregunté por lo sucedido resultó que la mujer tenía que llevarle un fardo de paja en su bicicleta, se paró a charlar con una vecina y perdió la noción del tiempo. Había dejado a su marido esperando a pleno sol durante horas. Cuando por fin llegó, el marido la golpeó. Yo le dije a la mujer que la culpa había sido suya. No es la primera vez, ni será la última, que algo así ocurre. También hay muchas mujeres que cuchichean sobre sus cuñados o suegros creando tensiones en la familia. Una razón más para educar a las niñas.

¿Ha sido usted alguna vez maltratada por su condición de mujer?

Sinceramente, tengo un carácter muy fuerte. Muchísimos hombres querrían tener el poder que tengo yo. En el parlamento yo no quería limitarme a centrarme en los derechos de la mujer, porque a mí nadie me ha arrebatado nunca los míos, lo que me impide hablar en nombre de otras mujeres. Yo tomé, por mí misma, mis derechos ¡y hasta me apropié de los derechos de mis hermanos! (ríe) La lucha de las mujeres en Afganistán no siempre fue la mía. No estoy casada. Mi vida es muy distinta.

Usted que tiene contacto con mujeres con regularidad, ¿ha apreciado algún cambio en su actitud en relación con el nuevo gobierno? ¿Están preocupadas?

¡Pero si la mayoría no sabe siquiera que el gobierno ha cambiado! La vida en los pueblos es muy distinta de la vida en la ciudad. Son mujeres sin educación que pasan el día ocupadas en sus tareas domésticas. No les importa la política. Sus maridos e hijos son su única preocupación. En la ciudad las cosas son diferentes. Las mujeres están desesperadas. Han llegado a colgarse de las alas de un avión para escapar de Afganistán. Una gran vergüenza para todos nosotros.

En la calle los talibanes recriminan a mujeres que lleven burka en lugar de nicab, por considerar que es menos respetuoso con el islam. Se dice que han llegado a quemar burkas en público.

¡Está totalmente equivocada! En Parwan fueron las propias mujeres quienes quemaron sus burkas como acto de protesta. ¡Querían llevar hiyab en lugar de burka! Con hiyab tienes las manos libres y puedes trabajar. Para las mujeres que no trabajan el burka resulta más cómodo. No se fíe nunca de las redes. Es una vergüenza que haya mujeres creando fake news en redes sociales.

¿Entiende que haya mujeres activistas que quieran irse del país por sentirse en peligro?

Perdone, pero le autorizo a ahorcarme si ve a algún talibán haciendo daño a una mujer. Los talibanes no hacen eso. En primer lugar, no consideran a las personas de sexo femenino seres humanos completos. ¿Qué sentido tendría entonces enfrentarse a ellas? Es sencillamente imposible. Algunas mujeres siguen su propia agenda. Tratan de crear problemas a la gente y al gobierno. Pienso que debemos conceder a los talibanes el beneficio de la duda. Darles tiempo de explicarse.

¿Qué me dice de las escuelas que han cerrado? ¿Cómo cree que evolucionará la situación?

Es muy bueno que haya presión internacional. Por lo que yo sé, la mayor parte de las escuelas y universidades han reabierto. Incluso las niñas pueden ahora asistir a clase hasta el grado 12º.

Pero en la provincia de Wardak las cosas son algo distintas. Los talibanes me aseguraron que reabrirían las escuelas al comienzo del año solar. Veremos. Estoy convencida de que la comunidad internacional mantendrá la presión. Los norteamericanos aseguran ahora que gastaron billones en operaciones militares y que invirtieron 367.000 millones en la reconstrucción de Afganistán, pero todas nuestras escuelas están en domicilios privados o en tiendas de campaña. Ya no tenemos construcciones escolares. Es importante que entendamos la necesidad de contar con espacios separados para hombres y mujeres. Es la forma de eliminar los abusos.

Hay que proteger a las mujeres, ¿pero no habría que enseñar a los hombres a no tratar a las mujeres de la forma en que lo hacen?

No creo posible educar a los hombres en eso. Es un hábito, y eso no se puede cambiar. Los hombres siempre van a ver a las mujeres como algo para su propio disfrute.

Usted ha viajado por países occidentales y puede comparar, por tanto, la forma de vida de las mujeres. ¿Qué le llama la atención?

En países musulmanes como Irán o Tayikistán las cosas no son tan diferentes: las mujeres que pasan todo el tiempo en casa permanecen sin educar, pero las niñas tienen acceso a la escuela. En países no musulmanes, como Alemania, he visto personas haciendo sexo en público, besándose en trenes, en parques, algo para mí inaceptable, porque hay niños alrededor.

¿El que los niños y las niñas comprendan el mundo y su lugar dentro de él no es también una cuestión de educación?

Si de mí dependiera daría inmediatamente la orden de abrir todas las escuelas de niñas aquí también. En segundo lugar, mejoraría el nivel de la enseñanza, también en las escuelas de chicos. La educación genera prosperidad, confort y amabilidad. Hace un año dejé mi trabajo en el hospital e inicié, junto con UNICEF, una red de escuelas para niñas en la región. Las clases tenían entre 25 y 30 alumnas, todo chicas. Con apoyo de la comunidad internacional trabajamos duramente para mejorar la calidad de la enseñanza. Cuando educamos a una niña, educamos a toda una familia, pues ella criará luego a sus hijos con educación y conocimiento. Educar a un hombre no tiene el mismo efecto en la familia.

¿Cómo ve el futuro de Afganistán?

Soy optimista. Inshallah! [si Dios quiere]. Si la gente colabora con el gobierno y la comunidad internacional echa una mano al gobierno talibán, mejoraremos y ocurrirán cosas importantísimas en el país. Si acabamos con la corrupción, las luchas intestinas y la educación deficiente, alcanzaremos una posición mejor. Y entonces el resto del mundo podría dejar de preocuparse por Afganistán. Espero que algún día podamos llegar a ayudar a otros países, pues somos ricos en recursos. Tenemos todo tipo de metales y minerales.

¿Qué puede hacer el resto del mundo por Afganistán?

¡Dejar de donar dinero! Eso maleduca a la gente y crea dependencia. No hay peor hábito que la mendicidad. Debemos ser independientes y aprender a generar dinero, a reconstruir nuestro país y a trabajar. Los países extranjeros deben presionar a nuestro gobierno hacia una mejora de los derechos humanos y los derechos de las mujeres. Conseguir que los talibanes reabran las escuelas de niñas es mucho más importante que donar billones al país. Estoy muy agradecida por la ayuda y el apoyo de las agencias internacionales, pero falta transparencia sobre la gestión y distribución de sus fondos. Sus empleados ganan sueldos elevadísimos. La UNICEF estima que harían falta 3,8 mil millones para reconstruir Afganistán: me temo que el 80% de ese dinero sería para pagar sus salarios, su seguridad y sus gastos. El pasado enero visité el comité sueco para Afganistán, responsable de nuestro sistema de salud, en busca de

ayuda para construir escuelas. Respondieron que en su presupuesto no tenían ni un dólar para eso. Luego fui a UNICEF y la persona al mando me dijo que los talibanes no se lo permitirían. ¡Pero si yo contaba ya con su permiso! Entrás en sus oficinas y te parece que estás en Estados Unidos: las casas, los tejados, el patio, tres escáneres de seguridad. Las habitaciones están limpiísimas y siempre confortablemente caldeadas. El dinero que se gasta ahí no se invierte en Afganistán. En la pared, se leía: «UNICEF para cada niño» en pastún, inglés y farsi. Yo les pregunté: «¿Estáis seguros?». Si no pueden hacer nada, deberían marcharse. Me prometieron 320 aulas para la provincia de Wardak y todavía estoy esperando. Dijeron que no tenían dinero y viven en un palacio.

En estas condiciones de polarización usted se las arregla para navegar entre extremos, reconociendo méritos de los talibanes sin dejar de ser crítica con ellos.

¿Sabe por qué están equivocados? Porque el 99% de sus madres están sin educar, lo mismo que sus hijas. ¿Cómo vamos a esperar que ellos lo estén? Esos chicos crecieron ahí mismo, delante de mis ojos. Marchaban a Kabul como soldados y al regreso me decían: «¿sabe usted, doctora?: ¡allí las mujeres son peligrosas! No son como nuestras madres». (ríe) Pero sus ideas van poco a poco cambiando. Algunos han estado en Doha, en Catar, y han visto que las cosas pueden ser diferentes. Les dijeron que todos eran árabes, como ellos, y que no se debe gobernar desde las tripas, sino con respeto y dignidad. Ahora han vuelto al gobierno y están asumiendo responsabilidades. Una vez más, soy optimista. Inshallah!

PÓSTER

MERCADO DE BUSH

TOQUE EL CLAXON POR EL BOTÍN AMERICANO:

CONSIGA NUESTRO «EXCEDENTE LIBERADO»

LIQUIDACIÓN TOTAL

DINERO SANGRANTE

Durante las dos décadas que siguieron al 11 de septiembre de 2001, el mundo occidental trató de imponer su voluntad sobre Afganistán a cualquier precio, con un coste real considerable. El eco de los fracasos resuena hoy por sus campamentos fantasmas.

CUADRO

Contribuciones acumulativas a instituciones multilaterales en Afganistán desde 2001, en miles de millones de dólares

EEUU	2,313 billones
REINO UNIDO	30.000 millones
ALEMANIA	19.000 millones
CANADÁ	18.000 millones
AUSTRALIA	10.000 millones
ITALIA	8,5 mil millones
JAPÓN	7.000 millones
ESPAÑA	4.000 millones
FRANCIA	4.000 millones
PAÍSES BAJOS	1,5 mil millones
NORUEGA	1.000 millones
BÉLGICA	0,5 mil millones

PIE DE FOTO: Combatiente talibán en un puesto de vigilancia de la valla perimetral de Camp Arena, una antigua base militar de OTAN/ISAF, que albergó tropas estadounidenses, italianas y españolas. Izda.: torre de vigilancia del aeródromo de Bagram.

EEUU

Cálculos oficiales estiman que los Estados Unidos pagaron durante las dos décadas de guerra en Afganistán entre 815.700 millones de dólares (según el Pentágono) y 2,313 billones (según el Proyecto de Costes de Guerra de Brown University). Al margen de cuál sea la cifra correcta, los Estados Unidos sufrieron una sangría económica durante sus veinte años de presencia en Afganistán.

Gran parte de esos fondos se invirtieron en operaciones militares —despliegue de armamento, tanques, vehículos blindados y portaviones— y el combustible y munición necesarios para su funcionamiento. También en los incontables ataques aéreos.

Millones fueron despilfarrados en una flotilla de reactores que un año después acabó vendiéndose como chatarra, en uniformes militares que en lugar de camuflar a los soldados los convertían en un objetivo más visible, o en un complejo hotelero inservible.

Asumiendo 2 billones como cálculo conservador, la cifra supondría 300 millones de gasto diario para los EEUU durante dos décadas, o 50.000 para cada uno de los cuarenta millones de afganos.

Las cifras incluyen 800.000 millones de dólares en gastos directos de combate, con 85.000 millones extra para entrenar al ejército afgano, que colapsó inmediatamente tras el cierre por EEUU de la base aérea de Bagram, que dejó de proporcionar un apoyo crucial.

Luego está el coste humano. Unos 2.500 miembros del personal militar estadounidense y cerca de 4.000 contratistas civiles murieron en Afganistán. La atención médica inmediata para los 20.000 heridos estadounidenses supuso un gasto de 300.000 millones de dólares, con 500.000 millones más para pagar cuidados de larga duración.

REINO UNIDO

El Reino Unido fue el segundo país en cuanto a número de efectivos militares en Afganistán, con un gasto estimado de 30.000 millones de dólares en operaciones militares en el país.

ALEMANIA

Se estima que Alemania habría pagado 19.000 millones de dólares en el curso de la guerra.

CANADÁ

La guerra en Afganistán costó a Canadá unos 18.000 millones de dólares, con 158 soldados canadienses muertos en acción y otros 2.000 heridos.

AUSTRALIA

Los cálculos apuntan a que Australia gastó cerca de 10.000 millones de dólares durante la guerra.

ITALIA

Las dos décadas de misión italiana en Afganistán costaron al país unos 8,5 mil millones de dólares.

JAPÓN

Tras la intervención norteamericana de 2001, Japón contribuyó con unos 7.000 millones de dólares.

ESPAÑA

El ministro español de Asuntos Exteriores ha afirmado que la guerra ha costado a su país 4.000 millones de dólares y las vidas de 99 soldados españoles y dos intérpretes.

FRANCIA

Los gastos de Francia giran en torno a los 4.000 millones de dólares.

PAÍSES BAJOS

Los cuatro años de misión militar de Países Bajos en Afganistán tuvieron un coste de 1,5 mil millones de dólares.

NORUEGA

La contribución del país escandinavo a la guerra de Afganistán gira en torno a los 1.000 millones de dólares.

BÉLGICA

Bélgica gastó 0,5 mil millones de dólares en Afganistán.

PIE DE FOTO: Acceso a una instalación médica junto a un refugio antibombas en el interior de Camp Arena, una base militar en otro tiempo ocupada por tropas estadounidenses, italianas y españolas y tomada recientemente por los talibanes.

COSTE HUMANO DE LA GUERRA

Civiles y fuerzas de seguridad locales constituyen más de la mitad de la estimación de bajas producidas durante el conflicto afgano.

Militares y policías afganos	66.000
Combatientes de la oposición	51.191
Civiles	47.245
Contratistas de EEUU	3.846
Militares de EEUU	2.442
Otras tropas aliadas	1.144
Empleados de organizaciones humanitarias/ONG	444
Periodistas y empleados de medios de comunicación	72
Departamento de Defensa de EEUU	6

PIE DE FOTO: Los talibanes ejecutan en una céntrica plaza de Herat a un hombre acusado de raptar a niños e intentar huir.

EL HOMBRE Y LA MÁQUINA

Los mototaxis o rickshaws son especialmente populares en las ciudades de Jalalabad, Mazar-i-Sharif y Kunduz. Son el orgullo y la alegría de sus propietarios y adoptan toda suerte de estilos y colores.

SALARIO

En un día normal, ganan entre 300 y 500 afganis. Con anterioridad al retorno de los talibanes ganaban el doble de esa cifra, pero muchos clientes potenciales han abandonado el país.

JORNADA DE TRABAJO

La jornada de trabajo suele comenzar a las 5:30 h y termina a las 19:00 h.

PRECIO

El precio de un rickshaw nuevo oscila entre 60.000 y 65.000 afganis. Uno de segunda mano cuesta entre 20.000 y 25.000.

DECORACIÓN

Con campanillas, silbatos y todo tipo de adornos imaginables, los propietarios tunean sus rickshaws con diseños personales. Un lavado de cara modesto cuesta en torno a 10.000 afganis y un cambio total, unos 20.000.

ESPERANZA DE VIDA

Las deficientes condiciones de las carreteras hacen que los rickshaws tengan una corta esperanza de vida de entre tres y cuatro años.

CONSUMO

Cada día gastan entre 100 y 300 afganis en combustible. Cada vez con más frecuencia se arreglan los motores para que funcionen con gas licuado del petróleo (GLP), reduciendo con ello el coste del combustible y las emisiones.

Todas las cifras están expresadas en la moneda nacional de Afganistán, el afgani afgano (AFN). 1 AFN se cambia por aproximadamente 0,012 dólares.

Conectando contrapuntos Un viaje a través del tiempo por el espacio afgano

Enero de 2022. No está del todo claro cómo llegar a Afganistán. Las regulaciones por el Covid cambian de una hora para otra y según la aerolínea. La ruta más sencilla parece ser volar vía Dubái, con una escala de ocho horas seguida de una cola interminable para intentar averiguar cómo transportar el equipaje a Kabul con KamAir, rezando para que todo salga bien.

Digámoslo desde el principio y seamos fieles al tópico: viajar a Afganistán es como viajar al pasado. Si te abstraes de la situación política y no tienes en cuenta las banderas, sientes como si te movieras por el tiempo en lugar de por lugares y espacios.

Llegamos a Kabul el 7 de enero. El termómetro marca temperaturas bajo cero y la luz no tiene nada que ver con la que solemos trabajar como fotógrafos. La presencia de una mujer entre nosotros complica los asuntos a resolver. La falta de costumbre de llevar velo y la pérdida de unos 210 grados en el campo de visión es, como mínimo, frustrante, sobre todo ante paisajes tan amplios.

Los signos de la toma de poder de los talibanes son bien visibles. La ciudad está llena de puestos de control y los grafitis que embadurnan las paredes muestran la forma en la que el nuevo partido oficial trata de borrar los rostros de mujeres y de representantes del anterior gobierno. Después de una rápida vuelta por Kabul, decidimos volar a Herat. Tenemos poco tiempo y eso nos obliga a organizarnos bien.

Herat está situada en la frontera norte con Irán. En nuestro vuelo con Ariana Afghan Airlines, la línea aérea más antigua del país y una de las dos que continúan en funcionamiento, atravesamos en diagonal un enorme territorio, sobrevolando un paisaje que cambia radicalmente de picos nevados a planicies desérticas.

Es muy exótico. No solo por los paisajes vírgenes y los claros cielos sin nada que obstaculice nuestra vista, sino porque te das cuenta del valor icónico de unos lugares que has visto miles de veces en los telediarios. Como viajero del tiempo, tienes la sensación de vivir dentro de un libro de historia. Sabes que lo que ves a tu alrededor es importante precisamente porque ha dado forma a la historia contemporánea.

La nueva terminal del aeropuerto de Herat está dedicada al capitán Massimo Ranzani, un oficial italiano muerto en acción en esta provincia en 2008. Italia pagó 137 millones de euros

por la ampliación del aeropuerto. La placa conmemorativa de la entrada reproduce un simbólico apretón de manos entre dos ejércitos representados por un escudo de armas que forma una bandera que, en realidad, no existe.

Quedan los tonos ya tenues de un tercio de la enseña italiana, y tres cuartos de vieja bandera afgana, sustituida ahora por la blanca del Emirato. Dos calendarios diferentes —el islámico y el gregoriano— marcan la distancia entre las dos culturas a pesar de la idea inicial de quien concibió esta representación como símbolo de unión.

Nos recibe el sol cálido y un largo desfile militar de vehículos americanos sobre los que ondea la bandera talibán. Los niños corren tras ellos y los adultos los graban con sus móviles, con nosotros, extranjeros occidentales, convertidos en atracción extra.

Herat es una ciudad amable, llena de color, con mercados concurridos y agradables restaurantes. Dicho lo cual, hubimos de contemplar una ejecución pública en una de las plazas del centro, donde fusilaron a un hombre acusado de secuestro de niños.

Viajando por Afganistán te topas con un grado de realidad brutal, al que nuestras cómodas y filtradas existencias occidentales no están habituadas. La combinación de destrucción y recreación genera un inspirador cortocircuito, que borra de un plumazo nuestros modestos problemas y amplía nuestra perspectiva sobre el sentido de la vida. Y de la muerte. No hay lugar aquí para el fingimiento. Tampoco presupuesto. Lo que ves es lo que hay.

Hacemos acopio de azafrán, una de las especialidades locales, y nos preparamos para regresar a Kabul. Pero no antes de tomar un par de retratos de nuestro traductor para enviárselos a su amante alemana. Parece que los retratos tuvieron un efecto positivo, pues meses después supimos que se habían casado en Pakistán, el único lugar donde podían encontrarse en persona.

No lejos del aeropuerto de Kabul hay un parque infantil, con helados, sándwiches, comida frita y kalashnikovs. Curiosos, los combatientes talibanes deambulan por la feria, descubriendo atracciones y tentaciones en otro tiempo vedadas para ellos. No todos aprecian la ironía de las imágenes que tomamos. Nos rodean recordándonos que está prohibido hacer fotos de «guerreros sagrados» columpiándose, una imagen que contrasta con su adorada visión épica a lomos de sementales persas, melenas al viento. Pero a los talibanes de hoy parecen gustarles más los columpios y las camionetas.

Volvemos a salir de Kabul para desplazarnos por carretera a las provincias de Wardak y Parwan. Desde que los talibanes retomaron el control del país, viajar en coche se ha vuelto más seguro, aunque continúa siendo lento. El estado de las carreteras es malo, los camiones abundantes y los puestos de control agobiantes. Dicho lo cual, una vez llegas a la autopista sientes que te embarga, paradójicamente, una sensación de paz y libertad. Obviamente, se trata de una diminuta capa de aventura dentro de una imagen general de miseria, pero suaviza el pesimismo predominante y la desesperación ante las condiciones de vida de la gente. Sí, la destrucción es total, pero no, no afecta a la belleza del territorio: sus montañas, ríos, bosques y cielos. Ni la versión más terrorífica del hombre ha conseguido perturbarlos.

Visitamos una madrasa de jóvenes aspirantes a talibanes. Conducimos cruzando paisajes salvajes que muestran las cicatrices de los choques de los combatientes talibanes y la ISAF (International Security Assistance Forces) y llegamos a la base aérea de Bagram, el mayor complejo militar de Afganistán. Visitar una base militar abandonada es un acto de arqueología del presente. Descubres fragmentos dejados atrás en plena huida, como Pompeya, pero sin los detritos volcánicos. Cepillos de dientes, colillas, raciones de comida y sábanas. Hasta el olor sigue ahí.

Regresamos brevemente a Kabul desde donde partimos hacia Bamiyan, un viaje que puede llevar entre seis y doce horas, dependiendo de la nieve y de su efecto en la carretera.

Atravesamos montañas a una altura de 2.000 metros. Es casi un paisaje lunar. Fuera, la temperatura desciende a -20º. Sacar simplemente una mano del bolsillo se convierte en una prueba de extremo valor.

Cuanto más avanzamos, más gruesa es la capa de nieve que se acumula sobre la carretera, que acaba por hacerse invisible. Vamos abriéndonos paso por aldeas abandonadas y poderosas montañas.

Tras conducir siete horas, llegamos a la ciudad de los budas; mejor dicho, de los budas destruidos por cortesía de los talibanes. Entre las cuevas excavadas en las montañas nos encontramos con un grupo de hazaras, una minoría étnica perseguida históricamente por los talibanes.

El hotel en Bamiyan se construyó para alojar a políticos de alto rango y turistas extranjeros. Nos dan una habitación que se asoma a los budas desaparecidos. El vestíbulo, enorme, contiene lámparas de araña, alfombras interminables, mobiliario dorado y una tienda de artesanía y souvenirs de algo que ya no existe, o que no se te permite ver. En otra pequeña tienda de souvenirs de la ciudad nos tropezamos con la «niña afgana» de Steve McCurry. La icónica imagen se tomó aquí y, para el puñado de extranjeros que deambulan aún por Bamiyan, sirve de recordatorio de lo increíblemente fotogénico que es este lugar. En este contexto, la «niña afgana» tiene una apariencia perfectamente normal, la típica mirada del lugareño ante una persona occidental, una combinación de curiosidad, temor y repulsión. Volvemos a Kabul tras nuestra breve estancia en Bamiyan. El invierno avanza y con él la nieve. Esta vez, nos vemos obligados a optar por una ruta más larga para regresar, cruzando también la alta montaña. El paso de Shibar continúa salpicado de restos de las guerras entre los muyahidines y el ejército ruso.

De vuelta en la capital, nos queda un día para visitar algunos lugares destacados antes de partir. El estadio de Ghazi, donde los talibanes llevaron a cabo ejecuciones; Bagh-e Babur, las tumbas de los reyes; el distrito de Wazir Akbar Khan, con sus colinas. Lugares donde la historia ha quedado sellada en el pasado, como hipoteca de un futuro de paz que una y otra vez se niega a materializarse. Aquí, hasta el presente se siente como simbólico. Solo el tiempo dirá qué es lo que aguarda a Afganistán.

Cristina de Middel
Lorenzo Meloni

EL MOMENTO DECISIVO PLAYGROUND

Un niño juega al críquet frente a una antigua base militar estadounidense abandonada. A pesar de la prohibición oficial impuesta por los talibanes en contra de la práctica deportiva, la pasión por el críquet se niega a ser sofocada.

SOPA DE LETRAS “You Can ‘Dari’ To Try!”

Mejora tu conocimiento de los idiomas y la cultura de Afganistán con este desafiante rompecabezas. Las palabras pueden ir en cualquier dirección y pueden compartir letras.

STARS PALACE

Salón de Bodas

El lugar para celebrar eternamente

Solo 20.000 USD para una fiesta de 300 invitados.

(Música sin interrupciones por + 9.000 AFN)

SINFONÍA AGRIDULCE

Hay escasez de casi todo, y los ingredientes básicos se encarecen de un día para otro. Pero la cocina afgana —una mezcla de las de India, Asia Central y Persia— es conocida por su ingeniosidad, por la magia que crea al combinar hierbas y verduras locales. A pesar de la creciente carestía de los alimentos, cocinar un buen plato tradicional forma todavía parte de la cultura y resiliencia de los afganos.

CRISIS ALIMENTARIA

Una severa sequía que afecta a todos los sectores de la agricultura, una economía zozobranante tras la llegada de los talibanes al poder y los disparados precios de la harina como consecuencia de la guerra de Ucrania, han creado la tormenta perfecta que empuja a Afganistán hacia una crisis alimentaria crónica.

Los precios de ingredientes básicos como el azúcar han aumentado hasta un 23%, y el trigo cuesta un 50% más que antes de la toma del poder por los talibanes.

Para empeorar aún más las cosas, según el Banco Mundial, a comienzos de 2023 la inflación interanual de los productos domésticos básicos alcanzó el 40%.

En Kabul, el precio de un saco de harina oscila ahora entre 2.800 y 3.000 afganis, el doble de lo que costaba hace tres meses. Antes, 2.000 afganis habrían bastado para adquirir 20 litros de aceite de cocinar, mientras ahora con ese precio no se compran ni 10 litros. Medio kilo de arroz cuesta 48,90 afganis, una docena de huevos 110, y una botella de un litro de leche, 52.

La mayoría de los afganos no puede pagar esos precios por productos de uso diario y más de la mitad de la población —unos 23 millones de personas— está amenazada de malnutrición.

MANTU

INGREDIENTES

- 1 huevo
- 400 gramos de harina
- 300 gramos de carne picada de res
- 2 cebollas de tamaño mediano
- 1 cucharadita de polvo de chile rojo
- 1 cucharadita de pimienta negra

- Cilantro
- Sal
- Polvo de cúrcuma
- ¾ taza de yogur
- 1 tazón de chana dal
- 1 cucharada de menta seca
- 2 dientes de ajo
- 3 cucharadas de pasta de tomate
- ¼ cucharadita de comino
- 1 taza de guisantes partidos amarillos secos

RECETA

Comienza preparando el relleno y la salsa de tomate, luego envuelve los Mantu y cuécelos al vapor. Finalmente, haz la base de yogur.

Para la masa

- › Bate un huevo en un tazón y agrega medio vaso de agua. Continúa batiendo y agrega gradualmente 375 gramos de harina, 1 cucharadita de sal y 2 cucharaditas de aceite.
- › Mezcla con las manos (agregando agua extra si es necesario) hasta que la masa ya no se pegue.
- › Cubre y deja reposar durante 30 minutos.
- › Estira la masa sobre una superficie plana hasta que quede muy delgada, aproximadamente 2-3 mm.
- › Corta tiras rectangulares largas y luego divide estas en cuadrados de 6 x 6 cm.
- › Espolvorea estos ligeramente con harina.

Para el Relleno

- › Pica en cubos 2 cebollas de tamaño mediano y sofríelas suavemente en 4 cucharadas de aceite.
- › Agrega 300 gramos de carne picada y revuelve.
- › Añade 1 cucharada de sal y pimienta y 1 cucharadita de cúrcuma.
- › Vierte una taza de agua en la sartén, cubre y cocina a fuego lento durante 30 minutos.
- › Añade 1 cucharadita de cilantro.
- › Agrega chile rojo y verde.
- › Deja enfriar.

Rellenando los Mantu

- › Coloca 1 cucharada de relleno en el centro de un cuadrado de masa.
- › Sumerge el dedo en agua y humedece una esquina.
- › Monta las esquinas opuestas entre sí y presiona.
- › Toma las otras esquinas y sella los bordes.
- › Repite este paso, envolviendo todos los Mantu.
- › Hierve agua en una olla y coloca un vaporizador encima.
- › Coloca los Mantu en el vaporizador, cubre y deja cocinar al vapor durante 20-30 minutos, o hasta que los Mantu estén tiernos.

Salsa de tomate

- › Remoja los guisantes partidos amarillos durante 30 minutos.
- › Ralla 2 dientes de ajo en una sartén con aceite caliente y agrega las chana dal.
- › Añade 1 cucharadita generosa de sal.
- › Agrega el cilantro, la cúrcuma y las semillas de comino.
- › Añade 3 cucharadas de pasta de tomate.
- › Cocina a fuego lento durante unos 45 minutos.
- › La consistencia no debe ser ni demasiado espesa ni muy ligera.

Base de yogur

- › Vierte $\frac{3}{4}$ de taza de yogur en un tazón.
- › Agrega $\frac{1}{2}$ cucharadita de sal y 2 dientes de ajo machacados.
- › Mezcla bien.

Para servir:

- › Vierte de 3 a 4 cucharadas de la base de yogur en un plato.
- › Coloca los Mantu sobre el yogur y vierte salsa de tomate sobre el plato.
- › Agrega un poco más de yogur encima.
- › Adorna con cilantro y pimienta negra.
- › ¡Disfruta!

KABULI RICE

INGREDIENTES

- 2 tazas de arroz basmati
- 350 gramos de carne de res
- 500 gramos de aceite de semillas, ghee o mantequilla
- agua - según sea necesario
- 4 zanahorias medianas
- 3 cebollas medianas
- 1 taza de pasas
- sal al gusto
- 1 cucharada de semillas de alcaravea
- 1 cucharada de semillas de comino
- 1 cucharada de cardamomo verde
- 1 cucharada de azúcar

RECETA

- › Lava el arroz dos veces bajo agua corriente y luego déjalo reposar durante al menos 2 horas.
- › Pica las cebollas y sofríelas en aceite de semillas (o alternativo) durante unos 5 minutos.
- › Cuando las cebollas estén ablandadas, agrega la carne de res.
- › Cocina durante 20 minutos.
- › Agrega sal, las semillas de alcaravea, las semillas de comino, el cardamomo y el azúcar.
- › Mezcla y cocina durante unos 10 minutos.
- › Agrega alrededor de 500 ml de agua, revuelve y cocina a fuego lento durante otros 30 minutos.
- › En una sartén aparte, corta las zanahorias en rodajas finas, mézclalas con las pasas y saltéalas en aceite durante unos 5 minutos.
- › Agrega las zanahorias y pasas a la sartén principal.
- › Agrega aproximadamente 400 ml de agua caliente y lleva la mezcla a ebullición.

- › Agrega sal y especias al gusto.
- › Agrega el arroz y revuelve bien.
- › Cubre con una tapa de sartén envuelta en un paño y cocina a fuego bajo-medio durante unos 10-15 minutos.
- › Cuando el arroz esté cocido, permite que se enfríe durante unos minutos antes de servir.

EDITANDO UN CONFLICTO

Confesiones de una editora de fotos

ALICE GABRINER

Siete semanas después del 11 de septiembre, Estados Unidos lanzó su operación militar en Afganistán y la revista Time publicó su primera portada sobre la guerra: un primer plano de un soldado estadounidense de ojos azules junto a las palabras "Going In" (Entrando).

En los meses siguientes, mientras trabajaba como editora de fotos nacional de la revista, la mayoría de las portadas de Time se centraban en el miedo, la ansiedad y la amenaza de más ataques terroristas. Otros titulares indicaban que Estados Unidos estaba decidido a vengarse: "Target: Bin Laden", "The Hunt for Bin Laden" y "Inside the Manhunt". Una portada - "Facing the Fury" -, mostraba el rostro de un hombre musulmán paquistaní gritando.

En 2002, Time envió a cuatro fotógrafos a Afganistán para documentar la vida después de los talibanes. Una doble página de la revista mostraba a una niña bailando, con su cabello fluyendo mientras miraba coquetamente a la cámara. Las historias sobre las mujeres en Afganistán eran populares entre nuestros lectores.

Quizás la narrativa de las mujeres desechando sus burkas hacía que el coste de la guerra fuera más aceptable para los estadounidenses.

Me trasladé a la sección internacional de Time en 2003, cuando la atención de los medios estadounidenses se desplazó a Irak. Este conflicto se desarrolló en mi pantalla de computadora a través de una corriente constante de imágenes de agencias de noticias, freelancers y colaboradores de Time, ya que inicialmente teníamos ocho fotógrafos en misión, todos equipados con las últimas cámaras digitales.

El aclamado fotógrafo de guerra de Time, Christopher Morris, envió las primeras imágenes de soldados estadounidenses preparados con rifles de asalto, despejando un edificio, dos de las cuales aparecieron como spreads de apertura en un número especial de marzo de 2003 que marcaba el inicio de la guerra.

En los meses y años siguientes, las imágenes de militares extranjeros entrando por las puertas, insurgentes, funerales y mujeres en duelo se hicieron demasiado familiares. La fotografía de noticias estaba migrando cada vez más para el online y la revista impresa, con sus capas de supervisión editorial, competía por la atención de los lectores con sitios web que producían presentaciones de diapositivas.

A diferencia de las icónicas fotografías de la Guerra de Vietnam, que habían provocado un despertar público, las imágenes de Irak tuvieron el efecto contrario.

Nuestro editor dijo que la revista no se vendía cuando Irak iba en portada. Los estadounidenses apartaban la mirada.

A pesar del bajo interés de los lectores, Time mantuvo su oficina en Bagdad hasta 2008, manteniendo la cobertura de Irak regularmente en la revista y en Time.com.

Pero Afganistán quedó en un segundo plano. De los pocos artículos que yo produje sobre Afganistán entre 2003 y 2008, dos tenían el mismo titular: "The Other War" (La Otra Guerra). La agenda de cobertura de conflictos de Time fue consistente. La revista presentaba una perspectiva estadounidense a sus suscriptores estadounidenses. El conflicto en Irak era la prioridad porque más soldados estadounidenses estaban luchando y muriendo allí.

En ese momento, no podíamos comprender completamente cómo los medios de comunicación estaban cambiando radicalmente o que la impresión, basada en un modelo de negocio publicitario, estaba colapsando. A medida que las ganancias de Time se desplomaron, el departamento de fotos sufrió importantes despidos y recortes presupuestarios, lo que significaba que ya no podíamos respaldar a los fotógrafos que trabajaban en el campo durante largos períodos.

Antes de dejar la revista en 2009, cuestioné cómo podríamos cubrir eficaz e incluso éticamente las guerras cuando las misiones duraban como máximo una semana.

Hoy me pregunto qué es lo que la mayoría de las personas recuerdan del registro visual producido por los fotoperiodistas, o por muchos otros, incluido el personal militar, que también fotografiaron el conflicto. Por imperfecto, sesgado y repetitivo que pueda ser este archivo, cada imagen es un registro histórico.

Afganistán e Irak fueron las guerras más fotografiadas en la historia. También fueron los primeros conflictos importantes documentados por la fotografía digital y ampliamente difundidos al público a través de los medios digitales.

La aparición de la fotografía digital permitió una transmisión más rápida de imágenes, generando una inundación de imágenes en los escritorios de noticias internacionales. En esta avalancha de imágenes, como editora de fotos, alenté la visión personal de los fotoperiodistas con los que trabajé, creyendo que sus historias se destacarían en un paisaje visual abarrotado.

¿Provocaron estas interminables imágenes siquiera un destello de comprensión? Si no podemos recordar imágenes de estas guerras que influyeron en la opinión pública a gran escala, ¿será porque el fotoperiodismo ha perdido su impacto? Aunque las fotografías excepcionales ya no se graban en la memoria colectiva, imágenes singulares todavía pueden dejar una impresión duradera en las personas. Pero ¿cómo puede una imagen convertirse en un recuerdo compartido cuando ya no miramos las mismas publicaciones o las mismas imágenes al mismo tiempo?

Solía leer The New York Times de principio a fin, mirando cada imagen publicada ese día, pero ya no es mi fuente definitiva.

Las organizaciones de medios publican más fotos, artículos y videos en 24 horas de lo que cualquier persona puede absorber. En 2020, The New York Times publicó 204.000 imágenes y 4.980 videos.

En las últimas dos décadas, he sido testigo de cómo la tecnología ha transformado la velocidad y el volumen en que se toman, transmiten, editan y entregan las fotografías al público. Ahora

estamos al borde de otra revolución tecnológica, donde las imágenes generadas por inteligencia artificial tienen el potencial de confundir y desinformar. Al igual que con todas las innovaciones, hay beneficios, pero me resulta difícil creer que sea posible simular artificialmente el alma, esa cualidad elusiva que emana de las fotografías más evocadoras.

Junto a los cambios que he presenciado en 35 años de trabajo en el campo del fotoperiodismo, ha habido una constante: la falta de cultura visual en los periódicos, que siguen dominados por el texto. Hoy en día, la importancia de las imágenes y la velocidad a la que fluyen las comunicaciones y la información ya no se pueden ignorar.

Ahora más que nunca, se necesitan editores de fotos inteligentes y perspicaces en roles superiores en los medios de comunicación.

El actual panorama mediático está polarizado y fragmentado, y genera desconfianza pública en las autoridades en lugar de crear y consolidar narrativas compartidas. Parte de esta desconfianza se origina en cómo se han representado, y tergiversado, conflictos importantes e históricos como los de Irak y Afganistán.

A medida que avanzamos tecnológicamente, la alfabetización de los lectores y espectadores será cada vez más crucial. Para mantener y nutrir el periodismo esencial del siglo XXI, necesitamos modelos de negocio innovadores y un nuevo conjunto de estándares para reconstruir la confianza y la credibilidad de los lectores en las fuentes de información que reciben.

Los lectores deben asumir el papel de sus propios editores, analizando meticulosamente las fuentes de noticias para comprender las agendas subyacentes y la autoría, ya que existe una distinción clara entre la opinión y un artículo informado respaldado por pruebas concretas.

Los televidentes ya desempeñan el papel de editores de imágenes, escogiendo entre cientos de fotografías en sus pantallas y dispositivos móviles cada día, tomando decisiones sobre lo que consideran relevante. A medida que los medios digitales toman la delantera, los lectores y espectadores obtienen sus noticias, tanto locales como internacionales, de una amplia gama de fuentes, lo que contribuye a dar forma cada vez más a sus propias "publicaciones" individuales y únicas.

AGRADECIMIENTOS

The Kabuler

Primera edición publicada en 2023, como una edición limitada de 1.000 ejemplares.

Directores Editoriales: Cristina de Middel y Lorenzo Meloni. Editor de fotografía y diseño: Gert Verbelen. Editor: Johan Faes.

Escritores colaboradores:

Atefa Alizadah es una periodista afgana que ha trabajado para la organización mediática de mujeres afganas Rukhshana Media, así como para The Times, The Guardian y The Kabul Times.

Jean Marie Ward. Escritora estadounidense de ficción y no ficción, Ward trabajó durante años en el Departamento de Defensa de los Estados Unidos, gestionando publicaciones, comunicaciones y programas de política familiar.

Alice Gabriner es una editora visual independiente con más de 30 años de experiencia en publicaciones como Time, National Geographic, The New York Times y The New Yorker. Fue la Subdirectora de Fotografía en la Casa Blanca durante la administración de Obama. Actualmente, es miembro de la facultad en el Centro Internacional de Fotografía.

Editor de idioma inglés: Tom Westcott.

Agradecimientos especiales a: Giuletta Palumbo, Alejandro Cartagena, el equipo de Obscura, Andrea Holzherr, Javi Al Cuadrado y Victoria Copello Hurst. Y en Afganistán: Samir Sahil, Rohullah, Gul, Parasto y Rozina.

Fotografías © Cristina de Middel y Lorenzo Meloni. Texto © Jean Marie Ward, Atefa Alizadah, Johan Faes, Cristina de Middel, Lorenzo Meloni y Alice Gabriner

Apoyado por: (MAGNUM AND KUNSTHAL) / Publicado por: (THIS BOOK IS TRUE)

ISBN 978-84-09-49759-1

Impreso en die Keure, Bélgica

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, el almacenamiento en un sistema de recuperación o la transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico u otro, sin obtener previamente el permiso de los propietarios de los derechos de autor y los editores.